

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA



La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas — (Art. 15 de los Estatutos.)

Hotel de la *Institución*.— Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada. — Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y maestros, 5. — Extranjero y América, 20. — Número suelto, 1. Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción. — Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XIX.

MADRID 31 DE JULIO DE 1895.

NÚM. 424.

SUMARIO.

PEDAGOGÍA.

Una institución de protección á la infancia, por *D. E. de la Loma*.— Últimos trabajos sobre psicología de la infancia y pedagogía, por *M. A. Binet*.— Función del cerebro en el ejercicio, por el *Dr. F. Logrange*.

ENCICLOPEDIA.

El socialismo de Schäffle, por *D. F. Giner*.— La dominación española en Mindanao, por *D. G. Alas*.— La traducción abreviada de los Evangelios, por *L. Tolstoy*.

INSTITUCIÓN.

Libros recibidos.

PEDAGOGÍA.

UNA INSTITUCIÓN DE PROTECCIÓN

Á LA INFANCIA,

por *D. Emilio de la Loma, C. A.*,

Abogado

Es verdaderamente notable el movimiento que en este sentido se ha operado en Bélgica, y del cual voy á dar alguna noticia.

Existe en aquel país un círculo «El Progreso», cuya actividad viene aplicándose hace muchos años á diversas obras, todas importantes desde el punto de vista pedagógico y social. Las que me han movido á escribir estas líneas son las que de un modo directo tienden á proteger á los niños, objeto de la preferente atención de aquel centro.

El comité de «El Progreso» empezó á publicar en 1.º de Julio del 91, y sigue haciéndolo mensualmente, un Boletín en que se consignan las etapas de las diferentes obras á que aplica sus recursos; y en él se pueden seguir, con más facilidad que en la

Memoria anual que antes publicaba, los ensayos, desenvolvimientos, mejoras sugeridas por la experiencia y resultados obtenidos por sus trabajos.

Las obras á que me refiero son: colonias escolares, alimentación escolar, baños y dormitorios. Ya hemos dicho que el Círculo se aplica también á otras, tan importantes como estas.

Colonias escolares.—Se organizaron, para las vacaciones de Agosto del 91, siete colonias en las provincias de Amberes, Namur y Luxemburgo. Iban los niños pobres de las escuelas municipales de Bruselas en brigadas de 30, con dos profesores, á pasar quince días en el campo. Ese año, «El Progreso» formó también brigadas de niños y niñas, que, mediante el pago de 30 francos, formaban parte de una colonia durante dos semanas, devolviéndose en caso de expulsión por una falta grave, el dinero sobrante: calculábase para tal caso el gasto diario en 1,75 francos.

Como el Círculo no tenía medios para hacer disfrutar de las colonias á todos los que lo necesitaban, organizó además paseos de vacaciones á los alrededores de Bruselas—una legua, al menos—por brigadas de 40 á 50 alumnos, de ocho de la mañana á seis de la tarde, un día sí y otro no: dándoles al salir un desayuno, á la llegada un sencillo almuerzo, y á la vuelta sopa, carne, legumbres y pan, y calculándose el gasto por día y niño en 0,80 francos. Esta obra de las colonias ha seguido siempre en aumento, y con las mejoras que la experiencia ha sugerido, como es, por ejemplo, la de llevar un botiquín con los más precisos medicamentos cuyo uso se indica, además de otros reservados á los médicos. No se contentó con esto el Círculo; sino que, siguiendo

con su afán de dar más realce á una obra tan meritoria, llegó en Setiembre de 1892 á inaugurar en Cytkerke, á orillas del mar, un edificio, propiedad de la colonia, para cuyo servicio se habían ido reuniendo multitud de objetos de menaje de casa. No hay para qué decir los beneficiosos resultados que de las colonias marítimas se siguieron, pues conocido es el saludable influjo del cloruro de sodio y el yodo, que en el agua y el aire del mar se contienen, en la curación del linfatismo, la anemia y las escrófulas, que tanto predisponen á la tisis.

Las colonias han seguido en aumento; sólo en el año 93 se resintió algo su marcha ordinaria—lo mismo que las demás obras que á la iniciativa del Círculo se deben—por falta de recursos. Luego, se han rehecho.

Sopa escolar.—Esta obra, tan importante como la anterior, se inauguró el invierno de 1888. Después, desde el 23 de Noviembre de 1891 hasta el 31 de Marzo de 1892, se llegaron á repartir, por término medio, unas 3.250 raciones de sopa diarias á los alumnos de las escuelas municipales. Costaron al Círculo 14.491,41 francos.

En Noviembre de 1892, hace el Círculo un llamamiento á la caridad, recordando que (aparte de Glasgow, que ha dado á las obras escolares una organización modelo) Lieja, á pesar de su administración conservadora, concede un subsidio anual de 20.000 francos á la obra de la sopa, y París más de 900.000 á las cantinas escolares. Con esto se consiguió que para dicho fin hubiese, en 1892, 23.554 francos, con lo cual, y haberse encargado el Círculo de la confección de la sopa, mejorando su calidad y logrando que su coste fuese de cuatro céntimos por ración, se aumentó el número de los favorecidos; estos, además, recibieron 125 gramos de pan, dando así un paso hacia el ideal de que la sopa se convirtiese en una verdadera comida, único modo de obtener más fruto en los trabajos de la escuela: pues no se puede exigir que hagan mucho en ella los desgraciados niños que van en ayunas y que al volver á su casa quizá tampoco tendrán que comer.

Baños escolares.—El año 89 organizó «El Progreso» un curso de natación entre los alumnos pobres de la escuela número 6, el cual fué el principio de su idea

de extenderlo á todas las escuelas municipales de niños y de niñas de Bruselas. De los 100 alumnos que tomaron parte en él el año 90, resultaron 76 excelentes nadadores. Se comprende la importancia de esto, aparte de otras razones, por ser la natación uno de los más completos ejercicios gimnásticos.

El año 92, se organizó el curso de natación en todas las escuelas primarias, cumpliéndose así el deseo del Círculo.

Vestidos viejos.—Creada esta obra en 1877, el 93 se encarga el Círculo de ella, yendo á domicilio á recoger cuanta ropa vieja se le ofrezca; después de desinfectarla y lavarla, la trasforma, resultando un traje de muchacho por 6 francos, y uno de muchacha por 9—cuando tiene que pagar las hechuras, pues á veces la caridad particular les ahorra esto.—De este modo, gastaron en vestir 150 muchachas é igual número de muchachos 2.472,46 francos, ó sea 8,24 por persona.

Los vestidos de hombre se remiten al Patronato de penados libertados; los de mujer ó de recién nacido, á la casa de maternidad; los objetos para niños pequeños, al asilo infantil.

Estas son las obras más importantes á que el Círculo «El Progreso» se dedica. No hay para qué encarecer su importancia, porque sólo con enumerarlas se comprende, y no se puede desconocer el influjo que tienen. Aquí, sólo consignaremos nuestro deseo de que España entrara en este camino que tantos bienes reporta; pero desgraciadamente hasta hoy, salvo lo que pueda hacer tal ó cual particular, sólo conocemos de obras análogas á estas la colonia que anualmente, desde 1887, organiza y manda á San Vicente de la Barquera (Santander) el Museo Pedagógico: colonia que da inmejorables resultados para la salud y desarrollo de los colonos, niños y niñas, los cuales permanecen un mes á la orilla del mar haciendo una vida higiénica. Este ejemplo fué inmediatamente seguido por la Sociedad de Granada (que también ha ensayado la sopa escolar) y poco después por Santiago, Barcelona, Oviedo, Palma de Mallorca, León. Y últimamente la Sociedad protectora de niños ha enviado una á Valencia, y la Corporación de antiguos alumnos de la Institución otra á Miraflores.

Aparte de las antedichas, lleva el Círculo belga á cabo otras obras, cuyo fin es también el de proteger á la infancia. Entre ellas está la llamada de la *hoja de estaño*, nacida en Febrero de 1893 y cuyo objeto es reunir los restos de papel de estaño de las cápsulas de botellas, envolturas del chocolate, tubos viejos de pintura, todos los trozos, en fin, que de aquel metal se desperdician para revenderlos (téngase en cuenta que 100 kilogramos valen 240 francos) y aplicar su producto á las obras del vestido, de la sopa y de las colonias. A los tres meses, había reunido el Círculo estaño por valor de 400 francos.

Ha llevado á cabo también diferentes expediciones de varios días, ó sean campamentos organizados de suerte que en ellos hacen los niños todas las faenas de la vida. En Inglaterra y Escocia estos grupos, que viven por una ó varias semanas al aire libre en sitios saludables y pintorescos, bajo tiendas de campaña, crecen considerablemente de día, como todas las obras de esta clase. Solamente de Londres han salido este año 80.000 niños en colonia.

Son de tenerse en cuenta además las fiestas semestrales creadas por iniciativa de la Dirección de la Escuela Normal de Bruselas para los alumnos y sus padres; la idea de que en las escuelas se formen sociedades protectoras de animales; la creación del Instituto para niños y niñas nerviosos y epilépticos, que trata de desenvolver la fuerza física y facultades intelectuales de los desgraciados cuya inteligencia se encuentra detenida en su desenvolvimiento y, por falta de cuidado, amenazada de mayores males; la colonia escolar sanitaria de Champlon; la petición de aguinaldos para los niños pobres, los dormitorios escolares y otras análogas.

Hasta el presente, el Círculo sigue con entusiasmo todas las obras de que hemos dado noticia, y estudiando las análogas del extranjero, para procurar que la escuela reemplace al hogar—hasta donde es posible—durante la ausencia de los padres retenidos en el trabajo, guiados siempre por la alta idea de la más decidida protección á la infancia.

ÚLTIMOS TRABAJOS SOBRE PSICOLOGÍA

DE LA INFANCIA Y PEDAGOGÍA,

por M. A. Binet,

Director del Laboratorio de psicología fisiológica de la Sorbona (1).

BIBLIOGRAFÍA.

Baldwin (M.).—*Sugestión de personalidad*. (*Psychological Review*, vol. 1, n. 5, Mayo, 1894, pág. 274 á 281.)

Este artículo es el complemento de otro del mismo autor sobre la imitación (*Mind*, Enero 1894, páginas 26 á 55). M. Baldwin, según observaciones hechas sobre dos niños, describe bajo el nombre de «sugestión de personalidad» la manera como los niños entran en relación psicológica con las demás personas. Distingue cuatro grados: 1.º, una distinción entre las personas y los objetos, fundada sobre los movimientos de las primeras; 2.º, un sentimiento de irregularidad en los movimientos de las personas, en comparación con la regularidad de los movimientos de los objetos; 3.º, un sentimiento del carácter personal de los individuos; 4.º, la atribución á estos individuos de los sentimientos propios que el niño experimenta.

Dewey (J.).—*La psicología del lenguaje de los niños*. (*Psych. Rev.*, 1, n. 1, páginas 63 á 66.)

Algunas observaciones sobre un trabajo

(1) De *L'Année psychologique*, publicado por H. Beaunis et A. Binet.—Paris, Alcan, 1895.—Es el primer año de esta publicación en la que: a) se da cuenta de los trabajos llevados á cabo en el *Laboratoire des Hautes Études* de París, en la Sorbona; b) de los que emanan de colaboradores extranjeros; c) se hace una revista general de una cuestión importante (la de este tomo describe la organización de los laboratorios de psicología en América); d) se hace el análisis de los trabajos más importantes para la psicología que han aparecido en 1894; e) se da un índice bibliográfico de cuanto pueda interesar al psicólogo.

En nuestro país se han iniciado estos estudios con la creación, en el Museo Pedagógico Nacional, de un laboratorio de psicología pedagógica, dirigido por el doctor D. Luís Simarro, que en el curso pasado dió una serie de conferencias, las últimas experimentales, como preparación á los trabajos prácticos que, con el nuevo material adquirido por el Museo, se llevarán á cabo en el curso actual.—(N. de la R.)

de M. Tracy que apareció en 1893 sobre el *Lenguaje de la infancia* (*American Jour. of Psychol.*, VI, núm. 1). Contando el promedio de las partes del discurso empleadas por 20 niños, M. Tracy llega al resultado siguiente: nombres, 60; verbos, 20; adjetivos, 9; adverbios, 5; pronombres, 2; preposiciones, 2; interjecciones, 1,7; conjunciones, 0,3.

M. Dewey, después de haber expuesto algunos resultados personales, hace notar la dificultad que hay para interpretar el lenguaje de los niños siguiendo nuestras reglas gramaticales; es probable que, en muchos casos, dé el niño sentido de verbo al nombre que emplea. En todo caso, el número de verbos empleados por el niño es superior al número que se encuentra en el lenguaje normal, número que es de 11 por 100; este exceso de verbos demostraría la preponderancia en los conceptos de actividad (1) en el espíritu de los niños.

A. Garbini.—*Evolución del sentido cromático en los niños*. (Folleto italiano, 104 páginas en 8.º Verona, 1894.)

Trabajo muy metódico, que contiene resultados muy instructivos. Cuignet (*Annales d'oculistique*, vol. XLVI, pág. 117, Bruxelles); Vierordt (*Physiologie des Kindes*, 1877); Schaffhausen (*Verhandl. der Berlin. Gesellschaft für Anthr.*, 1878); Uffelmann (*Handbuch des privaten und öffentlichen Hygiene des Kindes*, Leipzig, 1881), han estudiado ya esta cuestión. Preyer, empleando lo que yo he llamado método apelativo, que consiste principalmente en hacer nombrar los colores por el niño, ó hacerle dar los colores que se le nombran, ha visto en su hijo que el orden de designación correcta de los colores es el siguiente: amarillo, rojo, violeta, anaranjado, verde, azul (Preyer, *Die Seele des Kindes* (2), Leipzig, 1884.) Yo he empleado en un niño de dos á tres años el método de reconocimiento, que consiste en encontrar un color, un ovillo de lana

que se le ha enseñado antes, confundiéndolo luego con otros; el orden correcto ha sido: rojo, azul, anaranjado, violeta, verde, amarillo. (Binet, *Perceptions d'enfants*, *Revue philos.*, 1890, pág. 582), M. Garbini (1) ha hecho observaciones en mayor escala sobre 323 niños.

Divide el sentido visual de estos en tres períodos:

1.º período. Al nacer, el niño es fotóforo, como lo son todos los individuos recién operados de la vista, como lo es toda persona que, después de haber tenido mucho tiempo los ojos cerrados, los abre bruscamente á la luz; el niño no entorna los párpados á la luz, sino que los cierra enérgicamente. Esta oclusión de los ojos acompaña, es verdad, á todas las sensaciones dolorosas de los niños, pero hay razones para creer que en este caso es producida por la luz misma. Es muy verosímil que el niño, en esta época, absolutamente nada sensible es á los colores, sino sólo á la luz; siente la luz, pero no percibe sus elementos.

2.º período. (Del 5.º al 30.º día.)—El niño deviene fotófilo, busca la luz, deja de gritar cuando se le lleva á la ventana. Esta fotofilia se produce, por término medio, hacia el día 13.º Además, el niño distingue lo claro de lo oscuro; colocado en una habitación oscura, si grita, deja de gritar cuando se le acerca á la ventana, haciendo así distinción entre su campo visual oscurecido y el campo visual iluminado. Si se ilumina solamente una parte de su campo visual, es preciso que esta iluminación sea muy intensa para producir efecto; así, un niño que llora se calma con la luz de una lámpara, pero no se calma con una hoja de papel blanco, medianamente iluminada, que se le presenta ante los ojos.

3.º período. (De la 5.ª semana al 18.º mes.)—El niño puede seguir con los ojos, sin volver la cabeza, un objeto que se mueva. Estos movimientos independientes de la cabeza tienen lugar en la 5.ª semana; en

(1) Si acaso el verbo expresara esta cualidad, como usualmente se dice, y no la relación del sujeto al predicado (la cópula del juicio), que es más bien lo que verdaderamente expresa. ¿Qué actividad es ser, estar, haber, tener, carecer, poseer, etc., etc.?—(N. del T.)

(2) *El alma del niño*; el Boletín ha publicado un extracto de este libro en el año de 1887.—(N. de la R.)

(1) M. Garbini no cita el trabajo de Wolfe, que ha hecho experimentos sobre los niños de la escuela de Lincoln-Nebraska, y encuentra que los colores mejor percibidos están en el orden siguiente: blanco, negro, rojo, azul, amarillo, verde, rosa, anaranjado y violeta. (Véase Wolfe, *On the Color vocabulary of Children*, Nebraska University Studies, Julio, 1890, pág. 205 á 234.) Estos resultados difieren de los de Preyer, de los míos y de los de Garbini.

la 7.^a, el niño sigue una luz; en la 13.^a, un dedo; en la 17.^a, un reloj; en el 13.^o mes, un objeto que cae; en el 17.^o mes, un objeto que corre ó vuela. Estos son próximamente los mismos resultados de Preyer.

4.^o período. (Del 18.^o mes á un año y medio.)—La percepción de los colores comienza. Un niño que llora se calma mejor cuando se le presentan ciertos colores, especialmente el rojo, que cuando se le presentan otros.

5.^o período. (De 2 á 3 años.)—El niño puede prestarse á experimentos. M. Garbini emplea dos métodos: 1.^o, el método verbal, el de Preyer; 2.^o, el método mudo, el nuestro, modificado por él: en vez de decir al niño que busque y encuentre un color que se le ha enseñado, se le hace buscar un color semejante á la muestra que se le enseña, lo que le exige menos atención y memoria. Me apresuro á reconocer que esta modificación de mi método es un perfeccionamiento. Los experimentos del autor han sido hechos sobre ocho niños. Se observa por el método mudo que el niño percibe bastante bien el rojo; después, el verde; comienza á diferenciar el amarillo; tiene las primeras impresiones, todavía no bien diferenciadas, del anaranjado, del azul y del violeta. El método verbal da resultados un poco diferentes: 50 por 100 de los niños nombra bien el rojo; 25 por 100, el verde; ninguno nombra exactamente los demás colores: lo cual confirma los resultados del primer método y demuestra las dificultades del arte de nombrarlos. Entre las falsas denominaciones, nota el autor que las más frecuentes son las del rojo; después, las del blanco; después, las del verde. El violeta y el azul son denominados con frecuencia oscuro y negro. (Como pasa en los histéricos; el autor habría quizás podido comparar sus resultados con los de la anestesia histérica de la retina.)

6.^o período. (4.^o, 5.^o y 6.^o año.)—Ya, por el método mudo, todos los niños saben reconocer los seis colores; los errores, bastante raros, son tales, que los colores mejor percibidos están en el orden siguiente: rojo, verde, amarillo, anaranjado, azul, violeta. El método verbal muestra que los errores están distribuidos exactamente de la misma manera y que los colores mejor nombrados están en el mismo orden que acabamos

de indicar. Este hecho es, como hace notar el autor, de una importancia capital: porque demuestra que las percepciones y su expresión verbal siguen dos caminos absolutamente paralelos, y que por el estudio de la expresión verbal se puede llegar al de la percepción. Solamente, que el desenvolvimiento de la expresión verbal es mucho más lento. Así, entre los 3 y los 4 años, edad á que todos los niños reconocen bien los seis colores, solo un 6,8 por 100 son capaces de nombrarlos con exactitud. Entre los 3 y los 4 años, el rojo es designado bien 58 veces por 100; entre 5 y 6 años, está bien nombrado 95 veces por 100. El violeta, bien nombrado, entre 3 y 4 años, 4 veces por 100; entre 5 y 6 años, 35 veces por 100. En fin, parece igualmente importante notar que cuando un niño hace una falsa aplicación de nombre á un color, los nombres de los colores más frecuentemente empleados están en el orden siguiente: rojo, verde, amarillo, anaranjado, azul, violeta; que es precisamente el orden de percepción. En suma, hasta los 6 años, la designación de cualquier color no se hace todavía de un modo perfecto; y quizás esta falta de habilidad, conservándose con la edad, produce falsos daltonianos que aumentan el número de los daltonianos verdaderos y lo elevan al 20 por 100 en las estadísticas fundadas sobre la denominación de los colores.

El efecto del sexo es curioso: las niñas de 3 años reconocen peor los colores que los niños; igual que los niños, á los 5 años, y mejor que ellos, á los 6. Y lo mismo para nombrar los colores: las niñas los nombran mucho menos correctamente á los 4 años y mucho más á los 6.

De 557 niños, el autor no ha encontrado un solo caso de discromatopsia.

M. Garbini termina aconsejando que se ayude en las escuelas de párvulos el desarrollo del sentido visual y del sentido cromático, mediante su gimnasia racional, cuyos ejercicios deben seguir el orden de evolución del sentido cromático. Creemos que esta enseñanza se da actualmente en una escuela primaria de París (1). El folle-

(1) Esta enseñanza se da por Mlle. Lepouilly, directora de la escuela de párvulos de París, 63, rue des Martyrs. He asistido en su escuela al experimento siguiente: se en-

to de M. Garbini es muy claro; contiene numerosos cuadros y un índice bibliográfico cuidadosamente hecho. Nos permitiremos, para terminar, expresar un deseo: que el autor, volviendo á tomar el método mudo que ha empleado con seis colores, y que le ha dado en niños de 3 á 4 años 100 por 100 de designaciones justas, perfeccione tal método de manera que aumenten las dificultades de percepción, y que investigue si el sentido cromático del niño no está tan desenvuelto como el del adulto. Nos parece que una comparación entre el niño y el adulto se impone.

Haskell (E. M.).—*La imitación en los niños. (Pedagogical Seminary, III, núm. 1, Octubre 1894, páginas 30 á 47) (1).*

Colección de observaciones muy cortas, de dos á cuatro líneas, por lo general, tomadas en vivo, mirando jugar ó trabajar á los niños. Observaciones sobre la imitación de los sonidos y de los movimientos, sobre los juegos de personificación, etc.

Hancock.—*Estudio preliminar sobre la habilidad motriz. (Pedag. Seminary, III, núm. 1, Octubre 1894, páginas 9 á 29.)*

El autor comienza por dar una lista bastante larga de los experimentos que pueden hacerse en los niños para apreciar y para desenvolver su habilidad motriz; pero él sólo ha empleado un pequeño número, en niños de 5 á 7 años. El primer experimento ha sido hecho con el ataxiógrafo descrito por Dana (*Textbook of nervous Diseases, pág. 38*). Se compone de una aguja de vidrio, que se desliza en un tubo vertical; la extremidad inferior de esta aguja está en contacto con una superficie de

seña á una niña un trozo de lana coloreado, después se le hace buscar otro semejante en un montón donde están mezclados unos 50 trozos de lana de diversos colores y en el mayor desorden. He visto niñas de 5 á 6 años hacerlo bien, con la mayor seguridad. Hay que notar que es más bien un ensayo de experimento que un experimento verdadero. Mlle Lepouilly todavía no ha publicado nada.

(1) El *Pedagogical Seminary* es una revista de pedagogía, fundada por Mr. Stanley Hall, y organizada por el mismo plan que el *American Journal of Psychology* (que tiene el mismo director). Lo que mejor caracteriza el *Pedagogical Seminary*, lo que constituye su mérito, es que Mr. Stanley Hall no admite en él más que trabajos originales de psicología y de pedagogía y rechaza inexorablemente todo el farrago de reglamentos y de discusiones administrativas que rellenan la mayor parte de las revistas pedagógicas.

papel ahumado que se adapta á la cabeza del individuo, puesto en pie, de manera que si este individuo mueve hacia adelante ó hacia atrás la cabeza, la aguja señala sobre el papel ahumado el valor de este movimiento. El movimiento involuntario, bien desenvuelto con los ojos cerrados, es notable en muchas enfermedades nerviosas, como la corea, y sobre todo la ataxia. Hé aquí los resultados del autor en los niños:

	Ojos abiertos.	Ojos cerrados.
35 niños de 5 años.	5,8000 — 5,2228	6,6810 — 5,7675
22 niñas de 5 años.	5,7773 — 4,9500	5,5100 — 5,0954
47 niños de 6 años.	5,1148 — 4,2660	5,6957 — 5,1637
18 niñas de 6 años.	5,0611 — 3,7277	5,6000 — 4,3933
23 niños de 7 años.	4,9608 — 4,2434	6,0086 — 5,4521
13 niñas de 7 años.	3,9338 — 2,2769	4,8230 — 3,76 5

Para hacer comprender este cuadro, diremos que las cifras expresan los movimientos en centímetros (por ejemplo, 5,8000 quiere decir 5 centímetros, 8 milímetros); que, en cada columna, el primer número expresa el movimiento antero-posterior de la cabeza y el segundo el movimiento lateral (por ejemplo, en la 1.^a línea del cuadro, 5,8000 indica el movimiento antero-posterior, y 5,2228 indica el movimiento lateral), por fin, que el promedio de las oscilaciones, en el hombre joven y sano, es de 2,55 (antero-posterior) y 2,1 (lateral). Se ve que, en los niños, el movimiento involuntario es mayor en los más jóvenes, que disminuye con la edad, que es mayor con los ojos cerrados, y mayor en los niños que en las niñas; estas últimas son más precoces. Es preciso tener en cuenta, para la apreciación de los resultados, la talla de los individuos; en igualdad de circunstancias, siendo el niño más pequeño que el adulto, debe tener, por su talla, oscilaciones más débiles.

El segundo experimento se ha hecho con el automatógrafo de Jastrow (*Amer. J. of Psych, VI*). Este no es más que una mesa de espiritista perfeccionada: es decir, una mesa con ruedas y provista de una pluma que traza todos los movimientos impresos á la tabla; sobre ésta se apoya la palma de la mano. Así se estudian también los movimientos involuntarios que se producen en un individuo durante medio minuto. El individuo debe esforzarse por permanecer

inmóvil; está sentado con la espalda apoyada.

Los resultados son:

	Ojos abiertos.	Ojos cerrados.
25 adultos.....	0,242 — 0,752	0,156 — 1,460
18 niños de 5 años.	0,816 — 3,400	1,027 — 4,916
15 niñas de 5 años.	0,833 — 3,940	0,780 — 4,706
34 niños de 6 años.	1,191 — 4,258	0,805 — 5,058
12 niñas de 6 años	0,433 — 3,883	1,825 — 4,166
14 niños de 7 años.	0,500 — 3,750	0,428 — 5,207
10 niñas de 7 años.	0,410 — 3,580	0,480 — 3,550

Estos números expresan centímetros; el primer número á la izquierda de cada columna corresponde al movimiento antero-posterior y el segundo al movimiento lateral. El conjunto da lugar á las mismas consideraciones que el cuadro anterior.

En el primero de los experimentos, se han estudiado los movimientos involuntarios del cuerpo; en el segundo, los del brazo; hé aquí ahora otro que estudia los del dedo. El autor se ha servido del tremógrafo de Bullard y Brackett (Boston. *Medical and Surgical Journal*, 11, 1888, pág. 598). Se compone esencialmente de una balanza, en la cual la extremidad, en una de las ramas, recibe el apoyo del dedo; la balanza registra el movimiento del dedo en los dos sentidos, horizontal y vertical. Hé aquí los resultados:

	Ojos abiertos.	Ojos cerrados.
Adultos.....	0,0975 — 0,0911	0,085 — 0,110
17 niños de 5 años.	0,985 — 0,532	0,794 — 0,680
14 niñas de 5 años.	0,580 — 0,337	0,7114 — 0,453
32 niños de 6 años.	0,396 — 0,378	0,689 — 0,534
12 niñas de 6 años.	0,394 — 0,319	0,535 — 0,395
13 niños de 7 años.	0,419 — 0,282	0,693 — 0,442
8 niñas de 7 años.	0,300 — 0,356	0,312 — 0,365

Los números á la izquierda de cada columna indican el movimiento vertical del dedo; los números á la derecha, el lateral.

Resumiendo todos estos resultados, el autor piensa que el registro voluntario de los movimientos está mejor desarrollado, en los niños, para los del cuerpo entero que para los del brazo, y para los del brazo que para los del dedo. La relación entre el adulto y un niño de 5 años, en el movimiento de oscilación del cuerpo, es como de 1 á 4,1; en el del hombro y del brazo,

como de 1 á 4,5; en el del dedo, como de 1 á 5,8. En otros términos: el poder de intervención del adulto está de 3 á 6 veces más desarrollado en el hombre que en el niño. Esto conforma con las cifras dadas por Mr. Bryan, según las cuales, para dar golpes rápidos, un niño de 16 años tiene un poder 5 veces mayor que el de otro de 6. Mr. Hancock insiste en la idea de que, para ejercitar á los niños es preciso seguir su desarrollo natural: por consiguiente, desenvolver la habilidad del cuerpo antes que la de los miembros y esta última antes que la de la mano y la de los dedos. Hay aquí, en pocas palabras, todo un sistema de educación, que podría extenderse con provecho á las demás facultades del niño.

El artículo contiene además otras muchas observaciones breves, difíciles de resumir, pero que presentan algún interés como sugestivas de nuevos experimentos: podemos citar el estudio de los primeros ensayos de escritura, experimento que consiste en levantar sucesivamente con rapidez todos los dedos de la mano, etc.

(Concluirá.)

FUNCIÓN DEL CEREBRO EN EL EJERCICIO,

por el Dr. F. Lagrange.

(Conclusión) (1).

6.—EL AUTOMATISMO EN EL EJERCICIO.

Movimientos que se ejecutan sin intervención del cerebro.

Los animales decapitados.—Singular espectáculo imaginado por el emperador Cómodo.—Organos que funcionan automáticamente.—Movimientos inconscientes.—Función de la médula espinal.

Condiciones del automatismo en el ejercicio.—Influjo del ritmo.—Influjo del aprendizaje.—Necesidad de la ausencia de esfuerzo en los movimientos automáticos.—Regularidad de los actos sometidos al automatismo.—Persistencia de los actos automáticos.—La «memoria de la médula espinal.»—Cómo se crean las maneras de andar.

Efectos del automatismo en el ejercicio.—Economía de influjo nervioso voluntario.—El cerebro suplido por la médula espinal.—Descanso de las facultades psíquicas.—Superioridad de los ejercicios automáticos en los casos de fatiga cerebral.

He procurado mostrar, en el capítulo precedente, hasta qué punto el cerebro y las facultades psíquicas podían desempeñar un papel importante en los ejercicios cor-

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

porales. Nos queda que ver aquí cómo el trabajo muscular puede, por el contrario, ejecutarse algunas veces sin darse cuenta el cerebro y sin intervención de la voluntad.

Tengo que recordar, ante todo, que el cerebro no es indispensable para la ejecución de ciertos movimientos. La médula espinal basta, en ciertos casos, para poner en acción los músculos, porque es un *centro nervioso* y por consiguiente, un foco de actividad motriz propia. Pero los movimientos debidos peculiarmente á la acción de la médula tienen un carácter particular; son involuntarios. La voluntad, con, efecto, no tiene acción directa sino sobre las células del cerebro tan sólo, y no puede poner en juego la actividad propia de la médula. Esta no puede entrar en acción más que por *efecto reflejo*.

En los movimientos reflejos, la voluntad no es ya el excitante del músculo; éste entra en acción bajo el influjo de una impresión sensitiva.

Figurémonos un nervio sensitivo impresionado por una sensación viva. Esta conmoción es conducida por la fibra nerviosa hasta una célula central de la médula, de donde parte un nervio motor. Esta célula es á la vez el sitio donde termina el nervio sensitivo y el origen del nervio del movimiento. Puede suceder que la impresión sensitiva, en lugar de continuar caminando hacia la cabeza, para concluir en el órgano de las facultades conscientes, se detenga en la célula motora de la médula. Esta la devuelve entonces, transformada en movimiento, en la dirección del músculo á que el nervio motor la conduce. La impresión se *refleja* sobre el centro motor de la médula y vuelve sobre sí misma, como pueden reflejarse sobre un muro las ondas sonoras de la voz, que dan nacimiento al *eco*.

Podemos decir, sin exagerar la imagen, que un movimiento reflejo es el eco de una impresión sensitiva.

En general los movimientos reflejos son muy sencillos y parece que se regulan según la intensidad y la duración de la excitación que los provocan; cuantas veces se pellizca la pata de una rana decapitada, otras tantas el miembro se agita con una corta sacudida; —pero puede suceder que los movimientos reflejos sean más complicados y que una sola excitación sea el punto de par-

tida de toda una serie de actos musculares. Parece que entonces una sola impresión viene á despertar en la médula como el recuerdo de un gran número de movimientos frecuentemente ejecutados; del mismo modo, el pronunciar una sola palabra puede despertar en el cerebro el recuerdo de toda una serie de frases que se vuelven á hacer presentes en el espíritu. Así, el apoyo del pie en el suelo puede provocar, por la simple sensación del contacto, toda la serie de los movimientos de la marcha. El sér vivo puede marchar entonces, y hasta correr, sin que su cerebro tome la menor parte en el acto muscular.

Un hecho de la historia romana, referido por Mosso en su libro sobre *El Miedo* nos ofrece una curiosa prueba del poder automático de la médula espinal. El emperador Cómodo daba al pueblo romano un espectáculo, que gustaba mucho. Soltaba en el circo avestruces, excitándolos para que corriesen y, cuando iban á toda velocidad, se les cortaba de repente la cabeza con una especie de flechas en forma de media luna. Los animales decapitados no se detenían en el momento, sino que continuaban corriendo hasta el final.

Lo que se observa en un animal decapitado que sigue corriendo nos da la imagen fiel de lo que pasa en un hombre distraído, cuyas piernas ejecutan automáticamente los movimientos de la marcha, mientras su cerebro, ocupado en otra cosa, es indiferente al acto efectuado. En los movimientos automáticos, las cosas pasan como si una serie de actos reflejos viniesen á sustituir á los actos primitivamente voluntarios. El cerebro, después de haber combinado un movimiento y de haber determinado su velocidad y su ritmo, parece, al cabo de cierto tiempo, como que delega sus poderes á la médula; va poco á poco desintegrándose del acto é interviene de nuevo solamente cuando una circunstancia particular exige un cambio, sea en la dirección de los movimientos, sea en su energía, sea en su velocidad.

I.

El *automatismo* es la facultad que tienen ciertos elementos nerviosos de poner en acción á los músculos sin la intervención de la voluntad. Muchos órganos del cuerpo

tienen la propiedad de funcionar automáticamente; el corazón, por ejemplo, está dotado de un movimiento sobre el cual no tenemos dominio alguno; no depende de nuestra voluntad acelerar ó retrasar sus latidos.

El automatismo no es siempre absoluto en los órganos; hay muchos que, según las circunstancias, obedecen las órdenes que les damos, ó se mueven, por el contrario, sin que de ello tengamos conciencia. Así, respiramos involuntariamente, aun durmiendo, y podemos, sin embargo, á voluntad, retener, acelerar ó suspender los movimientos respiratorios.

Los movimientos de los músculos de la vida de relación pueden presentar, lo mismo que los de la vida orgánica, el carácter del automatismo. Los miembros y el cuerpo se mueven durmiendo, sin que la voluntad lo ordene, y durante la vigilia, una multitud de actos, á veces complicados, se ejecutan sin darnos cuenta de ello. El que está profundamente preocupado se levanta, va y viene, y ejecuta distraído una multitud de movimientos, de que luego no conserva recuerdo.—Estos son actos automáticos.

Los movimientos de la marcha son, de todos los actos musculares, los que devienen más fácilmente automáticos. No hay persona que no haya observado cómo el cerebro se aísla fácilmente y toma poca parte en el trabajo de las piernas, cuando se da un paseo á pie; se puede discutir, soñar y hasta componer versos andando. Sería, por el contrario, muy difícil distraer el pensamiento de los músculos, cuando se trabaja en el trapecio ó se tira á las armas. Cuanto más difícil es el ejercicio, más necesario es, para su ejecución, que intervenga la voluntad y que se concentre en él el espíritu. Y, sin embargo, los ejercicios más difíciles, al principio, concluyen por ejecutarse automáticamente al cabo de cierto tiempo de práctica. Todos los gentlemen que vemos pasar á caballo levantándose graciosamente de la silla á cada salto del trote, ejecutan este movimiento sin prestarle la menor atención y dejando que obedezca su cuerpo á un impulso completamente automático. Si queréis saber hasta qué punto su cerebro trabaja al principio en el trote á la inglesa observad un domingo en los Campos Elíseos á esos dependientes del comercio, rígidos sobre

su caballo de alquiler, esforzándose en vano por «identificarse» con el movimiento que los zarandea y dando testimonio, por la contracción de su fisonomía, de la profunda tensión de espíritu que los absorbe.

La primera condición para que un ejercicio devenga automático y se ejecute sin ningún esfuerzo de atención, es que sea perfectamente conocido y que se haya terminado el aprendizaje mucho tiempo antes.

Para que el ejercicio pueda ejecutarse sin la intervención de las facultades conscientes, son necesarias otras varias condiciones, y en primer lugar la ausencia de esfuerzo. Sabemos que el esfuerzo es una contracción de todo el cuerpo, que tiene por objeto comprimir enérgicamente todos los huesos del esqueleto á fin de formar de estas diferentes piezas movibles un conjunto rígido, capaz de dar un punto de apoyo sólido á los músculos. Es imposible guardar una completa libertad de espíritu cuando se hace un esfuerzo. Los músculos, obligados á entrar en juego con toda la energía posible, parecen haber utilizado en su propio provecho el influjo nervioso cerebral.

Un hombre que pone todo su vigor en un movimiento, cualquiera que él sea, se siente completamente absorbido por su esfuerzo y pierde momentáneamente la noción de cuanto le rodea. Si se os habla en el momento en que apretáis en un dinamómetro para dar la medida de vuestras fuerzas, no conserváis más que un recuerdo confuso de las palabras que han percibido vuestros oídos; vuestras facultades conscientes estaban separadas y acaparadas por el esfuerzo; tanto es así, que los actos cerebrales y los musculares, tan distintos en su esencia, se ejecutan casi siempre con auxilio del mismo instrumento. Parece que el cerebro, instrumento del trabajo muscular y del trabajo intelectual, está acaparado por los músculos cuando estos tienen que dar toda la fuerza que es posible; desde entonces, el pensamiento no dispone ya libremente de él, y no puede manifestarse con su habitual lucidez. Esta toma de posesión del cerebro por los músculos, explica la falta de inteligencia habitual de los atletas y de los hombres que se dedican á trabajos rudos. El cerebro de un hombre que ha hecho demasiados esfuerzos musculares es un utensilio estro-

peado que no puede adaptarse al trabajo del espíritu.

Así, el ejercicio á que se está más acostumbrado y el trabajo más fácil, dejan de ser inconscientes desde el momento en que necesitan un esfuerzo.

Dos condiciones esenciales se imponen, pues, para que el trabajo muscular pueda devenir automático; el hábito perfecto del ejercicio ejecutado y la moderación del esfuerzo muscular que necesita.

Hay aún muchas circunstancias que favorecen el automatismo y permiten que el trabajo se haga sin la intervención de la voluntad. Su estudio no se ha hecho aún metódicamente, porque nadie ha tratado hasta hoy de sacar de este fenómeno tan curioso del automatismo las conclusiones prácticas que se desprenden para la aplicación higiénica del ejercicio muscular.

Hay un hecho de observación bastante difícil de explicar, pero de cuya verdad no dudará nadie, y es, que la regularidad en los movimientos tiende á hacer el trabajo automático. Entre los andarines que han guardado mucho tiempo un paso uniforme, las facultades conscientes no presiden ya al movimiento; el cerebro no manda ya; los músculos obedecen á una serie de efectos reflejos, cuyo punto de partida se encuentra en las sensaciones que acompañan al apoyo y elevación del pie. Cuanto más regularmente se reproduce la sensación que determina el efecto reflejo, más exactamente funciona el mecanismo auto-motor á que es debida la progresión. Todo el mundo ha notado el influjo del ritmo sobre los movimientos. Hay aires de música que son «animadores»; su cadencia bien marcada llega á ser el regulador de los movimientos.

La sensación producida en el oído por los diferentes tiempos de la medida son el punto de partida del efecto reflejo que ocasiona el cambio alternativo de las piernas.

La marcha, que puede citarse como el tipo de los ejercicios automáticos, necesita, sin embargo, un esfuerzo cerebral en cuanto se efectúa en circunstancias que la hacen irregular. Todos los andarines notan gran fatiga si tienen que fijarse en donde ponen los pies. Cuando se pasa de un atajo, lleno de barrancos y piedras, á un camino bien

igual, se experimenta un verdadero descanso; el trabajo parece menos de la mitad. Sin embargo, si se analiza el ejercicio, se ve que la marcha sobre una superficie unida no produce una disminución del trabajo de los músculos, sino que sólo suprime el trabajo de dirección que se ejecutaba por el cerebro. En el camino desigual el cerebro debe proceder con una atención vigilante á los movimientos de las piernas. Hacen falta, según los accidentes del camino, que el paso se alargue ó se acorte, que el pie vaya con precisión á colocarse sobre tal piedra que le ofrece un apoyo más sólido, evitando las rodadas ó los charcos. Es la misma marcha, y aún más lenta, que sobre un suelo unido; pero no es el ejercicio inconsciente de siempre, y el cerebro no puede abandonar los músculos á sí propios, so pena de tropezar y caer. En el buen camino, la marcha no exige la intervención de las facultades conscientes; aquí, al trabajo de los músculos se añade un trabajo de dirección y de intervención, que emana del cerebro. A este trabajo sobrepuesto es al que es debido el aumento de fatiga. La marcha, llegando á ser irregular, pierde su carácter automático y exige, á igual trabajo muscular, un gasto mayor de influjo nervioso voluntario.

¿Cómo explicar este misterioso influjo de la alternativa regular de los movimientos sobre su ejecución automática? No puede darse al presente ninguna interpretación fisiológica de ello, pero se hacen diariamente numerosas aplicaciones prácticas. En todos los tiempos se ha comprendido la importancia de la cadencia y del ritmo para facilitar los movimientos y disminuir la fatiga, quitando al cerebro el cuidado de dirigir los músculos. Siempre se ha asociado la música al baile. En las maniobras militares el tambor dispensa á los soldados de infantería de fijar su atención sobre los movimientos de sus piernas; marcan el paso sin querer.

Si el ritmo y la cadencia tienden á producir el automatismo en los movimientos, es curioso observar cómo el impulso dado una vez á los miembros se conserva regular y uniforme durante un tiempo muy largo. Cuando se confía una vez la ejecución de un acto muscular á las fuerzas automáticas

del organismo, el acto tiende á permanecer siempre sometido á la misma medida, á ejecutarse con la misma velocidad. Si el ejercicio se prolonga, el movimiento permanece semejante desde el principio hasta el fin.

Muy recientemente he podido observar, sobre mí mismo, esta notable tendencia de los movimientos inconscientes á permanecer regulares, no obstante la ausencia de toda dirección cerebral. Partimos de Limoges, un amigo y yo, en un bote á remo, seguimos el Vienne hasta el Loira y éste hasta el mar. La maniobra del remo nos era bastante familiar para ser ejecutada sin intervención alguna del cerebro, y por mi parte, tenía el espíritu completamente libre, por lo que hace á los cambios de maniobras; la dirección del barco estaba confiada á mi amigo.

Remamos juntos con dos remos cada uno, «de pares», según la expresión técnica. Muchas veces, durante las doce horas que duraba cada día el trabajo, me sucedió que me olvidé del bote y del Vienne; muchas veces la imaginación vagabunda me llevaba á cien leguas de mi compañero de viaje, y, sin embargo, el ritmo de mi «boga» estaba siempre acorde con el suyo. Siempre nuestros remos echados hacia atrás, después traídos hacia delante por un movimiento regular, iban á herir la superficie del agua igual número de veces en cada minuto, hundiéndose en ella á la misma profundidad siempre y pasando rasantes con la sábana líquida antes de hundirse de nuevo.

He tratado muchas veces de asegurarme si esta perfecta unión no era debida á la atención más sostenida de mi amigo que podía, estando colocado detrás, poner acordes sus movimientos á los míos, aumentando ó disminuyendo al mismo tiempo que yo la velocidad. Pero la inspección más severa ha demostrado que la uniformidad constante de nuestros movimientos era la que aseguraba el acuerdo. En efecto, en muchas pruebas, separadamente, hemos conchado los golpes de remo con el reloj de segundos y, durante el período de atención, durante los momentos de conversación seria, de discusión animada ó de profundo ensueño, el resultado comprobado por los dos ha sido siempre el mismo; 19 golpes de remo por minuto.

Así, al cabo de cierto tiempo, este ejercicio del remo, cuyo aprendizaje había sido bastante laborioso, se había estereotipado, en cierto modo, en los órganos motores y se ajustaba por sí solo. Además, en aquel viaje, el paso que habíamos adoptado al salir se había mantenido siempre igual durante los nueve días que duró el trayecto. Cada día, los músculos volvían á tomar el movimiento regular de la víspera, contrayéndose 19 veces en cada minuto, con una regularidad de reloj, sin intervención alguna de nuestras facultades conscientes. Nuestra «boga» había llegado á ser automática.

Así el cerebro, órgano del pensamiento, puede dejar de presidir un movimiento sin que éste pierda su regularidad y precisión. Cuando un movimiento ha sido repetido frecuentemente, parece que la médula espinal retiene en sí la forma y el modo de ejecutar, como el cerebro retiene el sonido y la articulación de las palabras. ¿Cómo un movimiento complicado, tal como el de remar, puede imprimirse en la médula espinal? Es bien difícil de decirlo; pero ¿quién explicará cómo las palabras, frases, páginas enteras se fijan en el cerebro y nos permiten repetir sin omitir nada, largos trozos diversos aprendidos hace treinta años?

Es preciso, pues, limitarse á aceptar el hecho bien comprobado y sacar de él las conclusiones legítimas. No puede rehusarse el admitir la memoria de la médula espinal. Este órgano, que es ante todo conductor de los movimientos que el cerebro manda, guarda en sí el recuerdo y puede repetirlos en ciertas condiciones, sin que la voluntad intervenga más que para abrir la serie de estos movimientos y para cerrarla. La memoria de la médula espinal tiene por resultado la persistencia en el estado automático de un movimiento habitualmente practicado.

Pero la médula espinal no guarda sólo el recuerdo de los diferentes tiempos de un acto frecuentemente repetido: conserva también fielmente la memoria de la medida, del ritmo y de la velocidad con que se suceden sus diversos tiempos. De la persistencia de las impresiones dejadas al sistema nervioso por un acto repetido con frecuencia es de lo que resulta la creación

del modo de andar lento ó vivo de cada individuo.

Se habitúa uno lo mismo á la lentitud que á la velocidad de los movimientos, y con frecuencia la rapidez de la marcha, ó la lentitud del paso, son el resultado de un primer hábito contraído desde la infancia y del que es difícil deshacerse más tarde.

El automatismo marca con un sello indeleble los primeros actos musculares ejecutados, como la memoria incrusta en un cerebro joven las primeras frases aprendidas con gusto.

Cuando un caballo ha empezado á galopar con tranco lento, es muy difícil acostumbrarle más tarde á un movimiento más rápido. En las grandes cuadras de carreras se utilizan muchachos de muy corta edad, bastante adiestrados ya en la equitación, para que se les pueda dejar montar caballos de carrera. Con este peso ligero el caballo puede habituarse desde sus primeros galopes á una velocidad que no podría alcanzar si llevara un hombre sobre la silla, en vez de un niño. Los domadores dan una gran importancia á estos primeros hábitos del movimiento, y hemos oído á uno de nuestros más hábiles sportsmens deplorar la imposibilidad de procurarse en provincias estos *muchachos* tan ligeros como los monos. Con ellos, el caballo se acostumbra á una marcha que desorienta y desanima desde el comienzo de la carrera á los caballos que han sido preparados con un movimiento más lento.

Los tiradores, dice Bazancourt, no alcanzarán jamás gran rapidez en esgrima, si se retrasan mucho tiempo en regularizar sus movimientos, lo cual hace pesada la mano.

Es preciso un esfuerzo de la voluntad para oponerse á un acto que haya llegado á ser inconsciente, y para cambiar una manera de andar ya adquirida. Si se abandonan los músculos á su impulsión maquinal, vuelven siempre al ritmo que se habían establecido por las leyes del automatismo. El caballo, acostumbrado desde joven á un movimiento lento, hace un gasto suplementario de influjo nervioso cuando se quiere que acelere su galope normal; no hay que atribuir el aumento de fatiga únicamente al aumento de trabajo que produce la velocidad mayor. En efecto, ese mal-estar nervioso, debido al esfuerzo que exige

una nueva coordinación del movimiento, lo experimentará también el animal si se le obliga á acortar excesivamente una marcha ya lenta, como el paso.

II.

Cuando se ejecuta un movimiento automático se hace un llamamiento á la memoria de la médula espinal, y se suprime la atención del trabajo. Cuando, por el contrario, el movimiento es nuevo, ó difícil, ó necesita un esfuerzo violento, las facultades conscientes se ven obligadas á entrar en acción enérgicamente; el sentido muscular da sus indicaciones precisas sobre el grado de contracción que ha de hacer el músculo, las facultades que presiden á la comparación y al juicio aprecian lo que hay que añadir ó rebajar del esfuerzo muscular, para dar al movimiento toda su precisión; en fin, la voluntad interviene para el impulso definitivo del acto muscular. Estos son otros tantos factores que vienen á aumentar el gasto de influjo nervioso, sin hacer que produzca el músculo más trabajo útil.

El automatismo en los movimientos economiza el trabajo del cerebro, como la memoria economiza el trabajo del espíritu. Hay fórmulas que abrevian los trabajos matemáticos, dispensándonos de hacer muchas operaciones elementales. Del mismo modo, por series de movimientos automáticos, nos encontramos dispuestos á coordinar perfectamente cada uno de los actos musculares de que la memoria guarde, por decirlo así, la fórmula.

Si entramos ahora en la explicación práctica de los hechos fisiológicos que acabamos de exponer, vemos, á la primera ojeada, la gran superioridad higiénica de los ejercicios que pueden ejecutarse automáticamente. Economía de influjo nervioso, reposo completo del cerebro, silencio absoluto de las facultades psíquicas; tales son las condiciones en que se realiza el ejercicio automático. El trabajo del organismo humano se cumple entonces por el mecanismo más grosero de la máquina; sólo sobre los agentes subalternos del movimiento hace sentir sus efectos la fatiga. Los centros nerviosos, que no han tomado parte alguna en el trabajo, no sufren las

consiguientes molestias. La fatiga que producen los movimientos automáticos es francamente muscular; alcanza más bien al tronco y los miembros que á la cabeza y los nervios.

Ya no es difícil, pues, comprender la inmensa ventaja que presentan los ejercicios automáticos, cuando se busca en el trabajo muscular un derivativo para los cerebros fatigados por el recargo intelectual.

He tratado de determinar científicamente, por la fisiología, los caracteres particulares que diferencian los ejercicios en que el cerebro no interviene, de los que necesitan un esfuerzo de voluntad ó un trabajo de coordinación. Tengo que apoyar ahora mis deducciones teóricas sobre hechos de observación, y, para ello, es necesario hacer un llamamiento á las impresiones de cuantos han practicado los ejercicios corporales.

Nada recuerda tanto la fatiga debida al aprendizaje de un ejercicio difícil, como la que acompaña á la solución laboriosa de un problema difícil. Es el mismo esfuerzo penoso de la atención durante el trabajo, la misma depresión cerebral después. En ambos casos, el hombre fatigado refiere á la cabeza el sitio de su malestar. Y es que, en ambos casos, el cerebro ha trabajado.

Se necesita ser muy poco observador para no haber notado la repugnancia instintiva que experimentan hacia los ejercicios difíciles los individuos recargados por el trabajo intelectual.

Observad á un estudiante ante el maestro que le enseña los primeros elementos de la esgrima. Su cara disgustada, su fisonomía aburrida, expresan la fatiga, y parece decir «que se me deje con mi latín». Abrid al mismo niño la puerta de su colegio que da al campo; le veréis partir como un rayo, á todo correr. Hará en algunos minutos diez veces más trabajo que antes dando botonazos, pero ese trabajo corresponde sólo á sus piernas, la cabeza no se mezcla en ello. Volverá inundado de sudor, sofocado, calado, pero con el espíritu y el cerebro reposados.

Evocad vuestros recuerdos de colegio. ¿Cuáles son los jóvenes más entusiastas por los ejercicios corporales, los más apasiona-

dos por el trapecio, los «premios de gimnasia», en fin? Justamente aquellos cuyas facultades intelectuales han escapado al recargo á causa de su pereza, aquellos cuya fuerza nerviosa cerebral no se ha gastado en los libros, que tenían delante, pero que no leían.

Si se han señalado observaciones contrarias, ha sido sobre individuos excepcionales, igualmente bien dotados por lo que hace al cerebro y por lo que hace á los músculos, y que tienen tanta facilidad para el trabajo mental, como aptitud para el ejercicio corporal.—Son excepciones raras.

Es muy general lamentar la indolencia y la apatía física que manifiestan los *buenos* alumnos, justamente aquellos cuyas clases más serias exigen una tensión mayor de las facultades intelectuales. Se querría que no utilizasen sólo en conversaciones y ensueños el tiempo tan escaso que se les concede para descanso del cerebro recargado. Todos sus maestros les aconsejan y les excitan para salir de ese *far niente* y entregarse á algún ejercicio violento. Todos los aparatos de gimnasia están allí, á su alcance, en el patio de recreo, ¿por qué no usarlos?

A pesar de las exhortaciones del maestro, el alumno, cuya cabeza ha trabajado demasiado, se siente poco inclinado á que trabajen sus miembros y una repugnancia instintiva le aleja del trapecio y de las paralelas. ¿Es esto porque, como se dice con frecuencia, desdeña un ejercicio demasiado infantil para la dignidad de sus quince años? ¿No será más bien porque no encuentra en la fatiga de los músculos el pretendido derivativo capaz de reposar su espíritu?

En mi opinión, si el niño recargado por el trabajo intelectual no se siente atraído hacia el ejercicio de los músculos, es que su instinto es más seguro que la opinión de sus maestros; es que la gimnasia á que se le invita costaría un gran esfuerzo, no sólo á sus músculos, sino á su cerebro ya fatigado por el estudio.

Se ha desconocido hasta el presente la importancia de la elección del ejercicio desde el punto de vista de la higiene del cerebro, y nadie ha pensado en hacer resaltar la ventaja que ofrecen, sobre todos los demás, los *ejercicios fáciles*.

Esta ventaja puede resumirse en dos palabras; producen la fatiga *muscular*, sin aca-

rrear la fatiga *nerviosa*. Aceleran el curso de la sangre, activan la respiración, regularizan las funciones digestivas, sin exigir al mismo tiempo esa *sobreactividad* de las funciones cerebrales que acompaña siempre á la ejecución de los ejercicios difíciles.

Nadie, sin embargo, hasta el presente ha soñado en utilizar esas preciosas ventajas. Nadie ha tenido en cuenta las condiciones que pueden hacer variar el grado de dificultad del ejercicio. No se establece la diferencia en la aplicación de los ejercicios corporales, entre los que son nuevos para el sujeto y los que viene ya practicando de largo tiempo; no se cuenta el trabajo cerebral que exige el período de aprendizaje de un movimiento desconocido.

Al cabo de cierto tiempo de estudio, se aprenden los ejercicios difíciles y pueden llegar á ser automáticos. Sus efectos son entonces muy diferentes. ¿No es completamente distinto *divertirse* en bailar que *ocuparse* en aprender el baile? La danza, la equitación, el remar, la carrera misma, cuando se han practicado mucho tiempo, no exigen ya más trabajo cerebral que la marcha, ejercicio automático por excelencia.

Pero, en ciertos ejercicios corporales, el aprendizaje se continúa indefinidamente, y sus movimientos exigen una dirección incesante de parte de los centros nerviosos y de las facultades conscientes, porque estos movimientos no pueden ser constantemente idénticos, sino que ofrecen condiciones imprevistas. —La esgrima jamás llega á ser un ejercicio automático, á pesar de la tendencia que adquieren ciertas paradas y ciertas réplicas á devenir acciones habituales y á hacerse instintivamente; los movimientos no pueden ejecutarse siempre de la misma manera y siguiendo el mismo orden, puesto que están subordinados á los del adversario. La equitación deviene ejercicio automático si se hace siempre sobre el mismo caballo, al cual acomoda el jinete sus movimientos. Por el contrario, exige la actividad del cerebro, y pide un trabajo de coordinación muy atento, en el caso en que se practique sobre caballos difíciles que difieran entre sí por su carácter y sus salidas.

No es posible, pues, considerar el auto-

matismo como carácter que pueda servir para clasificar un grupo particular de ejercicios. Es más bien un modo de ejecución que puede aplicarse á la mayor parte de los ejercicios conocidos, cuando estos ejercicios se hacen según las condiciones que he tratado de determinar en este capítulo.

El automatismo muscular es, en suma, una función que corresponde á las partes subalternas del sistema nervioso, y que tiene por objeto economizar el trabajo del cerebro, considerado como fuerza directora de la máquina humana.

Hasta el presente no se ha comprendido bastante, en los diversos métodos de gimnasia, la importancia de esta economía desde el punto de vista de la higiene del sistema nervioso. No se han determinado aún las diferentes indicaciones de los ejercicios que hacen trabajar con exageración los centros nerviosos y los que no exigen más que una débil acción del cerebro.

Esas indicaciones son, sin embargo, muy formales y muy claras, y pueden, en pocas palabras, formularse así:

Cuantas veces la medicación por el ejercicio tenga por objeto excitar vivamente los centros nerviosos y hacer trabajar al cerebro, los ejercicios difíciles deben ser preferidos sobre los automáticos.

Los ejercicios fáciles, instintivos, ó los que han llegado á ser familiares por un aprendizaje anterior, en una palabra, todos aquellos que pueden ejecutarse automáticamente sin necesitar ningún esfuerzo sostenido de la atención, convienen, por el contrario, á los individuos á cuyo cerebro hay que economizar trabajo, debiendo fatigar sus músculos.

Que se prescriba la esgrima, la gimnasia con aparatos y la equitación á la alta escuela á todos los desocupados de espíritu, cuyo cerebro languidece, falto de acción.

El esfuerzo de la voluntad y el trabajo de coordinación que piden estos ejercicios, producirán en las células cerebrales adormecidas una excitación saludable. Pero al niño recargado por el trabajo de los libros, cuyos centros nerviosos están congestionados por el esfuerzo intelectual persistente debido á la preparación de los exámenes, á ese hay que prescribirle las largas marchas, el ejercicio, que tan fácilmente se aprende, del remo, y, á falta de otra cosa mejor, el

salto, el marro, las carreras, todo, en fin antes que los ejercicios científicos y la gimnasia acrobática.

ENCICLOPEDIA.

EL SOCIALISMO DE SCHÄFFLE,

por el Prof. D. Francisco Giner,

Catedrático de la Universidad de Madrid.

Si Schäffle no es, como dice Leroy Beaulieu, el único teórico á quien se deba una doctrina organizada y positiva del colectivismo, es, sin duda, entre ellos, de los más importantes. Su característica, como filósofo, es la tendencia á concertar el idealismo clásico y el positivismo, aunque de un modo diferente á como, por ejemplo, lo intenta en Francia M. Fouillée. En cuanto á su doctrina jurídica, aspira igualmente á concertar la tendencia ética de Leibnitz y de Krause—en especial, de este último—con la formal, exterior y mecánica de Kant. En la sociología, agrega á estos elementos la concepción del organismo social en el sentido de Spencer, y la idea psicológica que de este organismo tiene Lilienfeld. En política, su espíritu conservador y de transacción lo lleva á defender la «probable» perpetuidad, no ya de la monarquía, sino de la subordinación actual de la mujer, de la guerra y de la pena de muerte.—Adviértase que este socialista, que aspira nada menos que á la supresión de la industria privada, ha sido en Austria Ministro en un Gabinete ultra-conservador, feudal y pietista.

En la economía, que representa para nuestro autor la fisiología de la nutrición social, no la fisiología toda, como quiere por ejemplo Kropotkin, ya queda indicado que es colectivista: ó sea, partidario de la concentración del capital en la sociedad, que se encargaría de dirigir la producción como asunto de interés y de derecho público, cesando, por tanto, la actual propiedad privada de los «medios de producción», que caracteriza el actual sistema industrial del llamado «capitalismo»; aunque conservando á los particulares la propiedad privada de los «medios de consumo». Su característica diferencial respecto de otros colectivistas (al menos, en la última evolución de

su doctrina, que ha pasado por fases bastante diversas) está, no sólo en los temperamentos con que piensa y desea que se realice gradualmente la organización colectivista (esta nota le es común con todo el llamado colectivismo «práctico», «parlamentario», «positivo», etc. desde Bebel á Jaurès, Vandervelde y Blatchford, sólo que tal vez es en él mucho más acentuada); sino a) en la afirmación de la «probable» compatibilidad permanente del capitalismo con el colectivismo, y b) en la organización de este último, por medio, no del Estado, el municipio y demás «corporaciones territoriales»; más por los diversos grupos profesionales que en cada nación dirigirían las respectivas industrias.

En uno de sus últimos libros, que lleva el nombre de *Problemas contemporáneos* (1) y que es una colección de estudios de sociología, política y economía, hay un trabajo que interesa especialmente para conocer este carácter peculiar de su colectivismo. Se titula *Socialismo y psicología social*; y tiene por objeto examinar la afirmación de los que tienen por imposible mantener la actual producción industrial, y menos aumentarla y mejorarla, una vez destruído el estímulo del interés personal, que sirve hoy de principal resorte en el sistema de competencia y de capitalismo.

Veamos sus principales proposiciones.

I.

Ante todo, reputa Schäffle vano el intento del comunismo, de suprimir la lucha por la existencia, que aquel tiene por eterna en la esfera económica, como en todas, debiendo sólo aspirar á suprimir la violencia y la brutalidad que aún la acompañan y ennoblecer con esto el proceso de la selección social. No hay que soñar, pues, con destruir el antagonismo de los intereses.

Pero la psicología social, que estudia la motivación de la conducta humana, no puede menos, por otra parte, de afirmar que en el colectivismo se concibe una vida eco-

(1) *Problemas contemporáneos fundamentales en Alemania* (*Deutsche Kern-und Zeitfragen*), tomo 1. Berlin, 1894; tomo 11, Berlin, 1895.—Sobre las teorías de Schäffle, véanse diversos artículos en la *Revista general de Legislación y Jurisprudencia*, 1893 á 1895.

nómica más eficaz y general que la que impulsa la codicia del capitalismo. Para este fin, «hay, ante todo, que preguntarse cuáles son las tendencias de que depende el éxito de toda economía, esto es: a) la producción de la mayor suma posible de bienes con el menor costo, y b) su más favorable repartición para la prosperidad nacional, con relación á todas las necesidades, públicas y privadas».

Ahora, según la experiencia, las fuerzas que estimulan la conducta económica nacen, ó de motivos idealistas, ó de motivos egoístas. Aquellos excitan *desinteresadamente* la producción y restringen el consumo á sus límites racionales: tales son el amor al prójimo, la paternidad, el goce del trabajo conforme á la vocación, el sentimiento religioso y moral del deber, etc., etc. Los motivos *egoístas* no se refieren sólo al orden material, como suele decirse, sino también al inmaterial: v. g., el deseo de independencia, de poder é influjo, de gloria, de librarse del trabajo en el porvenir, de evitar las penas personales. Aun el egoísmo material ó económico, que aspira á adquirir y conservar la mayor suma de bienes posible, puede dar á esta aspiración, indirectamente, carácter inmaterial también, refiriéndola á goces tales como la adquisición de cultura, el trato social, el arte, y hasta al amor y la abnegación. Una conducta interesada no quiere decir, pues, lo mismo que materialista y anti-ideal, ni siquiera en el capitalismo, cuanto menos en el colectivismo.

Pero el atractivo que éste ejerce entre las masas obreras de hoy día lo debe á un idealismo estrecho, que sueña con no poner en juego otros motivos en la esfera económica, que los de abnegación y de moralidad, suprimiendo los motivos interesados y egoístas, como otras tantas fuentes de desigualdad y servidumbre. «Que cada cual trabaje conforme á sus fuerzas y que goce conforme á sus necesidades racionales»: tal es su principio.

Este principio de Marx, adoptado hoy por el novísimo programa de la «democracia social», cada vez más alejada de recurrir al Estado, no consiente sino una organización puramente idealista, dice Schäffle. Sin embargo, en su sentir, no es otra la norma ideal de todo buen régimen económico, sea

capitalista, sea socialista; el defecto está sólo en querer lograr su fin supremo (á saber, el más enérgico trabajo que á cada individuo consientan sus fuerzas en servicio de la comunidad, y el más racional consumo según sus verdaderas necesidades), no ya sin coacción y penalidad por parte de los poderes del Estado, mas sin ningún otro estímulo, ni económico, ni de otra clase, por parte de los individuos: lo cual, para el autor, es impracticable. Por el contrario, todo milita en favor del que llama colectivismo «proporcional», por oposición á ese comunismo; esto es: un sistema que ponga en juego *todos* los motivos, así interesados como ideales, capaces de estimular al máximun la producción y de reducir á un mínimun racional el consumo. «El ultraidealismo produciría tan crueles engaños como el ultramaterialismo», que todo lo fía al egoísmo codicioso. Aun la sociedad capitalista, puede adoptar cierto idealismo, especialmente en cuanto á la distribución y al consumo. «Al desechar, pues, el sistema comunista, no se rechaza igualmente todo colectivismo.»

La ventaja de éste respecto del capitalismo está en la importancia más energética, universal é inmediata, que da á los motivos ideales; pero, con sólo interesar en la producción á las fuerzas directoras de la economía nacional, sería ya superior á aquél. Pues, en esta clase de colectivismo, esas fuerzas, ni soportarían exclusivamente el riesgo de las pérdidas, ni recogerían exclusivamente tampoco un beneficio excesivo con relación á las necesidades de los demás trabajadores, como hoy acontece con los empresarios.

La importancia del capitalismo, desde el punto de vista de la psicología social, consiste, al contrario del colectivismo puro, en el valor que da al egoísmo referente á la adquisición de los bienes materiales, pero con un carácter exclusivista. Pues si es cierto que esos bienes pueden servir de medios para obtener otros bienes inmateriales y más elevados, esto favorece tan sólo á los capitalistas; el jornalero, bajo la presión del hambre, apenas satisface sus más apremiantes necesidades físicas, teniendo que renunciar á su independencia, á su parte en la dirección de los trabajos y á otros goces semejantes. A su vez, la parcialidad del

colectivismo idealista, como antípoda del capitalismo, se explica, pero no se justifica. Por un lado, aun dentro del capitalismo, y por medio del derecho y la moral, cabe poner en juego todos los resortes de una sana economía; el comunismo idealista no lograría compensar, y menos aumentar, la incomparable fuerza de la producción actual, que debemos á la gestión capitalista. Ni siquiera el *verdadero* socialismo «podrá jamás lograrlo, sino para determinadas esferas»; y eso, que, además de acudir á toda clase de motivos, idealistas y egoístas, y de dar entre estos á los de carácter inmaterial un valor superior al que les da el capitalismo, interesa á todos los productores, sin distinción de obrero y capitalista, en que el trabajo sea hábil y concienzudo y el consumo racional, concediendo valor al interés personal de todo trabajador por hacer que su retribución sea *proporcionada á la cantidad y calidad* de sus servicios sociales; no obstante lo cual, una parte de los bienes colectivamente producidos se habría de aplicar á compensar las desproporciones posibles entre la aptitud para el trabajo y las necesidades. Esta beneficencia se ejerce, en el comunismo, directamente; y en el socialismo, y hasta en el capitalismo, de un modo indirecto.

Si el socialismo, según esto, no podría competir con el acerado estímulo del capitalismo en la producción privada (á saber: la expectativa del lucro y del riesgo), en cambio interesaría materialmente también al trabajador en la mayor economía de la producción, ofreciéndole aquella proporción entre la retribución y el mérito, que hoy, ni por bien, ni por medio de la lucha, alcanza, sino muy imperfectamente. Esta proporcionalidad no pretende lograrla Schäffle por medio de una *clase* directora y dominante, como hoy, merced á la acción de la propiedad privada; sino de un modo inmediato, convirtiendo el trabajo de *todos* cuantos cooperan á la obra, «en un servicio público de la nación y suprimiendo el servicio privado (el salario)». Además, todos tendrían una parte personal, proporcional á su capacidad, en el gobierno de la producción, así en general como en los diversos grupos de industria, favoreciéndose la colocación de los más aptos, sin menoscabo de la libertad y la igualdad proporcionales;

antes quedarían aseguradas por esa participación en la gestión común, cuyo goce ideal traería á la vida económica un nuevo estímulo, que el capitalismo no puede producir.

Las objeciones contra este sistema nacen, ora de la dificultad de emancipar la vida económica de la tiranía de la plebe, adquiriendo y conservando las mejores fuerzas para cada esfera de producción, ora de los obstáculos para obtener la proporcionalidad individual entre el servicio y la retribución del trabajador. Que pueda vencerse ó no la primera clase de dificultades, es cosa «sobre la cual nadie dará respuesta satisfactoria». Sólo cabría darla, dice, cuando los partidos obreros, animados de ideas más sensatas, hubiesen hecho numerosos ensayos con ayuda de préstamos amortizables y con interés, «por parte del Estado, ante todo en las industrias referentes á los medios de vida y al vestido». Pero si los demócratas socialistas se obstinan en prescindir del auxilio gubernamental, y en no separar resueltamente la esfera de la producción económica de las demás, no esperen éxito alguno.

II.

«La organización con carácter público de la economía nacional, sobre la base de la propiedad colectiva en los medios de producción y circulación, por lo que concierne á las relaciones de esa economía con el Estado y el Municipio, como órganos unitarios de la voluntad y acción sociales»: tal es, pues, la doctrina fundamental de Schäffle. Puede—dice—concebirse de distintas maneras. «O las corporaciones de unidad territorial (Municipio, Provincia, Estado) se encargan de organizar y administrar la economía nacional, ó ésta adquiere una constitución sustantiva, bajo la mera inspección y protección del Estado y análoga á la que ya alcanzan la escuela, la Iglesia, el arte y la ciencia en sus instituciones públicas... A la primera forma, llamaría yo colectivismo *centralista*, sea nacional, sea local; á la otra, *descentralista*. Aquella no ha de confundirse con el llamado «socialismo de Estado» de las diversas empresas públicas, que no es lícito apellidar «colectivismo», y que la democracia social

á su vez también rechaza, como «esclavitud asalariada.»

Hasta hoy, el colectivismo ha venido inclinándose á la forma centralista. El Estado, y en su límite la Provincia y el Municipio, absorberían directamente toda la economía nacional, que se convertiría en una función de aquellos organismos, como lo son la justicia, la policía ó el ejército. Pero esto no hace falta. La nutrición animal, de la cual es una imagen superior y ético-social la economía de un pueblo, se halla tanto menos centralizada, cuanto más subimos en la escala zoológica; si bien la actividad del cerebro y de los músculos influye en el proceso nutritivo, la metamorfosis de las sustancias «se verifica con independencia del centro cerebro-espinal, por medio de sus órganos especiales de preparación, circulación, asimilación y excreción». Pues en el desarrollo del cuerpo social se observa otro tanto. «La economía nacional se ha ido desenvolviendo cada vez con mayor riqueza en su acción y reacción con el Estado, el arte, la ciencia, la educación, etc., pero al par constituyéndose más y más como una esfera sustantiva. Esta independencia ha llegado á su máximo con el capitalismo; y si el colectivismo práctico ha de significar un progreso real, tendrá que asegurarla, cuando menos, tanto como hoy; salvo en ciertos órdenes, que, á causa de su técnica especial, necesitan centralizarse, ó en aquellos (v. gr., los monopolios fiscales) que sirven al fin del Estado. No deberá, pues, realizarse por los órganos unitarios de la voluntad y el poder social, ni por las corporaciones universales y territoriales; sino en la forma descentralizada. Merced á ésta, perturbaría también mucho menos los restantes órdenes, de los cuales sería más fácilmente tolerado y hasta protegido.

Esta forma de realización «práctica» del colectivismo se podría concebir del modo siguiente, según el autor.

«Mediante una legislación general económica y bajo la inspección del Estado, cada rama industrial se confiaría á un cuerpo organizado territorialmente y presidido por funcionarios centrales, para que dirigiese la producción y la distribución de los bienes. Todas ellas se agruparían, por medio de sus órganos locales y nacionales,

en una asociación para dichos fines, conforme á un plan general, así como para tasar los servicios de cada trabajador y para conservar y custodiar los productos. De esta suerte organizada la nutrición social, sería tanto más independiente del Gobierno y el Parlamento centrales, cuanto más racional fuera su gestión. Aun aquellas industrias excepcionales de que se ha hecho mérito y que habrían de ser desempeñadas, sea por el Estado mismo, sea por las corporaciones locales, tendrían su presupuesto independiente dentro del régimen general financiero. En las restantes, el Estado sólo intervendría, inspeccionándolas, protegiéndolas y, en casos extraordinarios, completándolas, como hoy lo hace respecto de aquella parte organizada y pública de la educación, la ciencia, el arte ó la vida religiosa.»

Cierto es que la hacienda del Estado, la del Municipio, etc., nacerían directamente de los beneficios de la producción colectiva; pero no se aplicarían á la economía nacional, sino en la parte que periódicamente dispusiese la ley financiera.

Tampoco hay que concebir el socialismo como una mera *olocracia*, una forma de imperio de la plebe. Si es verdad que tendría que rechazar la supremacía del capital, organizada por el derecho privado, no así una dirección organizada por el derecho público, aunque no de aquel modo que imagina el colectivismo idealista y anárquico (sin coacción, sin autoridad y subordinación, sin Gobierno, en suma); sino mediante autoridades, funcionarios y preceptos para la producción, circulación, prestación y tasa de los bienes y servicios.

Pero aquí, dice Schäffle, también caben dos concepciones: una autocrática y otra democrática.

Sería *autocrático* el colectivismo, cuando un monarca, ó una minoría rigiesen la economía nacional por derecho propio, sea mediante elección, sea mediante la herencia, y no, pues, según la voluntad de la nación, determinada en el Estado y en esa esfera: sistema, éste, más congenial con el espíritu del faraonismo y del feudalismo que con el moderno, y que, ni puede pretender ser superior al capitalismo, ni cabe sino en circunstancias apremiantes y revolucionarias, al principio ó al fin de ellas: ya como un



cesarismo colectivista despótico á gusto de las masas, ya como una dictadura del proletariado.

Según el espíritu que hoy agita á éste, el colectivismo sería *democrático*, lo cual sería imposible de otra manera que en forma templada. Es preocupación muy extendida la de que sólo cabe el colectivismo como una demagogía radical apoyada en las masas, y por tanto, irrealizable. Pero, en el orden económico, cabe un democratismo tan templado y respetuoso para con la verdadera libertad é igualdad, como el que existe ya en el orden político. Su constitución colectivista sería la de un organismo completo de corporaciones y funcionarios, independiente de Estado y Municipio; si bien tendría su representación en uno y otro, como todos los demás organismos y fines sociales, y se desenvolvería bajo la inspección y protección del primero. Este regularía, completaría y restringiría su acción, lejos de estar sometido á la tiranía de las masas, aunque siempre sobre la base del sufragio universal y quedando sometidas muchas cosas, dentro de cada gremio industrial, á la resolución de los asociados, el último de los cuales tendría parte así en la dirección de aquella industria á que coopera. Mas al suprimir el capital, cuyo estímulo garantiza hoy la gestión económica, habría que llamar á ésta á los individuos más capaces, debiendo cada cual poder llegar á todo cargo para que tuviese aptitud; en casos dados, decidiría el sufragio universal, dentro de cada corporación; en otros, determinados cuerpos especiales, ó ciertos funcionarios superiores, y otros quedarían reservados á los poderes centrales y municipales, encargados de la inspección y legislación económicas.

De esta suerte, se templaría y sanearía la democracia. Organismos é individuos obtendrían el influjo correspondiente á su capacidad, y el sufragio universal, bajo cuyo peso bruto la civilización parece destinada á sucumbir, se completaría por una manifestación orgánica de la voluntad nacional, mediante su constitución corporativa: ya que, sopena de que la civilización se desplome, es imposible prescindir del sufragio universal, como base de la representación y los poderes. No es, pues, lícito desesparar de la posibilidad de una demo-

cracia templada en el Estado colectivista venidero; con sólo libertarnos de la superstición de que, así la legislación, como la elección de los funcionarios, por la mayoría de las masas, exclusivamente, representan la cúspide de la democracia. Precisamente, el colectivismo, ante la miseria del pueblo, tiene, en primer término, que aplicar á la economía nacional el *primum vivere deinde philosophare*.

Tampoco tendría que ser *antimonárquico* el socialismo.

Lo que sí cabría, por el contrario, preguntarse es si el capital, templando su despotismo, como ha hecho la antigua monarquía, sería capaz de adelantarse á las legítimas aspiraciones del proletariado actual, evitando una revolución. Toda la Europa Occidental va entrando ya por este camino: el seguro obligatorio contra la enfermedad y la invalidez, la libertad para las coaliciones y las asociaciones obreras, el desarrollo de los jurados mixtos, etc., tienden á que el jornalero reciba su justa parte en el producto de su trabajo y tenga independencia en la contratación.

III.

El colectivismo tampoco es por necesidad *internacionalista*. Si es un progreso, podrá realizarse también en la nación, relacionándose sus órganos centrales de producción con los análogos de las demás naciones y con el comercio capitalista de exportación é importación exterior, el cual sería impulsado hacia la nación colectivista, bajo la protección, inspección y reglamentación del Estado, que no por esto lo absorbería. Y si varias naciones colectivistas formasen una organización internacional de igual tipo, no tendrían para qué suprimir sus respectivas organizaciones económicas, como éstas tampoco suprimirían las provinciales y locales.

En cuanto á la *remuneración* proporcional de los servicios, el socialismo práctico anotaría á cada trabajador todas sus prestaciones en cantidad y valor; los productos del trabajo colectivo se estimarían por el promedio de su coste, apreciándolo todo conforme á una detallada tarifa pública. Para cada rama de producción, se establecería una medida normal, un promedio del tiempo de trabajo diario, que podría ser la hora.

Un trabajo duro y penoso equivaldría á un múltiplo de ese promedio; otro fácil y de poco gasto de fuerzas, á una fracción de esa unidad. Los servicios se relacionarían, pues, entre sí por este *quantum* de trabajo, ante todo; pero también se atendería á su cualidad, estableciendo para cada «género y grado» de producción una retribución media por hora de trabajo, considerando además sus condiciones, más ó menos favorables. Al individuo que entregase más del producto medio que le correspondiese dar, merced á su mayor laboriosidad, se le anotaría este exceso; y viceversa. Finalmente, atendiendo á todas estas anotaciones, se calcularía el promedio del coste de producción en tiempo social de trabajo, compensado para cada unidad (cada objeto, peso, medida, etc.) en cada industria, bonificando á los productores, tasando sus obras y liquidando para ello el activo de cada individuo: de suerte que el cheque de trabajo y el de bienes se equivaliesen exactamente. Esta tarifa originaria y general podría aumentar cuando aumentasen las necesidades, ó disminuyese la reserva de medios; y al contrario. El alza y baja del *valor en uso* de estos medios influiría en su tasación, como pasa hoy en el mercado capitalista, cuyas ventajas para regular la producción y el consumo se aprovecharían de este modo igualmente.

La cuestión no es, pues, para Schäffle, si el socialismo — *su* socialismo — es ó no realizable, sino esta otra: si el mecanismo de las tarifas es ó no preferible á los monopolios jurídicos y artificiales del mercado actual, donde la formación, puramente privada, del precio de los productos y del trabajo vence con cierta facilidad algunas de las dificultades que encontraría la solución socialista. Si ésta fuese incompleta, produciría tanta desarmonía entre el trabajo y su retribución, como la que hoy ofrece el capitalismo. El socialismo superaría á éste, con todo, por suprimir, al menos en la industria en grande, el servicio de carácter privado, que repugna al espíritu democrático de nuestro tiempo; pero manteniendo á la vez el interés individual, y generalizándolo. Desde que, para las masas, uno de los ideales de la suprema felicidad material consiste en emanciparse de la tiranía del capital y prestar directamente al pueblo

sus servicios con carácter de profesión pública, ambos sistemas de colectivismo, aun el comunista, en comparación con el capitalismo, podrían alegar que cualquiera defecto en la producción se compensaría, no sólo por una mejor distribución de los bienes, sino por el atractivo ideal de un trabajo de esta índole. «No cabe, pues negar á priori el porvenir de un colectivismo que no sea comunista y que traiga á la psicología social una forma práctica más noble y perfecta de selección económica.» Pero, «la cultura moral é intelectual de las masas, que esta organización requiere, ¿cuándo llegará?»...

Si el colectivismo ha de prevalecer un día, no será, probablemente—concluye— ni de un modo repentino, ni en todos los órdenes: acaso dejaría fuera á la agricultura; y hasta en las manufacturas y en el comercio sería compatible con «un poco» de capitalismo. El exclusivismo con que hoy se nos presenta contradice á la experiencia de la historia, en cuya evolución, ninguna nueva forma económica suele ser universal, ni proscribir por completo á las anteriores. Antes parece que se aplicaría únicamente allí donde y en cuanto representase un sistema mejor de producción y distribución sociales, ya por ser más económico, ya por otras razones; distinguiéndose sólo del capitalismo en que, al lado del mercado actual, con sus precios y salarios de carácter *privado*, se establecería una tarifa *pública* (al modo dicho) para *ciertas* prestaciones y *ciertos* bienes. El autor trae un ejemplo que ilustra con bastante claridad su idea de este régimen mixto. «Así como hoy—dice—el empleado adquiere con el sueldo de su función (que podría llamarse colectivista) medios producidos por el sistema capitalista, y á su vez, capitalistas y obreros pagan impuestos para participar de bienes y servicios públicos, así también los productores colectivistas de cada nación adquirirían con la retribución de su trabajo aquellas clases de bienes que continuasen produciéndose por el sistema actual, y, por el contrario, capitalistas y obreros aplicarían, unos, sus provechos, y otros, sus salarios, para alcanzar su parte en los bienes producidos colectivamente.»—Por último, la combinación entre ambos sistemas podría al menos realizarse de un modo tran-

sitorio, mientras fuese introduciéndose el colectivismo, si éste hubiese de concluir al fin por dominar en absoluto. «En cuanto á mí, añade, tengo desde ahora por probable que, ante todo, la producción agrícola de primeras materias, su transformación en pequeño y de un modo más económico, la prestación de servicios personales (?), quedarán reservados á la producción capitalista y á las antiguas industrias domésticas. Pero no tengo por menos probable que el colectivismo pueda vencer en lo demás, aunque sólo gradualmente.»

Tal es, extractado, el estudio de Schäffle. Grave motivo á discusión da toda esta doctrina; pero es, de todos modos, interesante conocer una de las más influyentes en el movimiento científico-social contemporáneo.

LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN MINDANAO,

por D. Genaro Alas (1),

Ingeniero militar.

Siendo mi asunto, no el estudio geográfico de Mindanao, sino el estudio del porvenir de nuestra dominación en la isla, y estando en ella aún en vías de cumplirse, hay desde luego la división cronológica del asunto: proceso de esa dominación hasta el momento presente; proceso de dominación en el porvenir.

En cada una de estas divisiones concurren además caracteres diferenciales tan marcados como el carácter cronológico. En primer lugar, al tratar del presente, predominará el aspecto militar; al tratar del porvenir, predominará el aspecto político. Pero, sobre todo en la primera conferencia, oireis constantes afirmaciones; causas, sucesos, resultados, todo lo expondré con la convicción que inspira la verdad necesaria y suficiente, deducida de la unanimidad de los testigos y documentos consultados. Por el contrario, la segunda conferencia será una perpetua interrogante; tendré que exponer opiniones contradictorias, y yo mismo tendré que invalidar las más de las ve-

(1) Este artículo es un extracto de las dos interesantes conferencias dadas por el autor en la Sociedad geográfica de Madrid

ces la autoridad de los opinantes; y dicho se está, que, con semejantes elementos, me guardaré muy bien de presentar una solución propia.

Adelantando lo que debe ser la síntesis de mi trabajo, os diré: creo que al fin y al cabo nos acercamos al término de la sujeción de Mindanao por las armas españolas; creo que muy pronto aquel heroico y sufrido ejército, en el que rivalizan en amor á España los españoles europeos y los españoles filipinos, muy pronto ofrecerá al Gobierno metropolitano el más completo y decisivo triunfo sobre el único elemento de resistencia armada, la gente mora, ó mejor dicho, mahometana. Y entonces precisamente empezarán para el Gobierno las dificultades.

¿No conocéis, ó no recordáis la célebre novela del insigne Bulwer, *¿Qué hará de ello?* En esa hermosa novela vése que el logro de lo que se persigue con ardor nunca resuelve el problema; no basta alcanzar aquello tras de que se ha corrido, es preciso saber aprovecharlo. Yo doy por alcanzado el triunfo de nuestras armas; pero después también pregunto: ¿qué haremos de ello? A esa pregunta es á la que no he encontrado contestación satisfactoria, como espero probároslo en mi segunda conferencia. En cambio, en esta primera, os haré compartir mi convicción de un triunfo definitivo.

* * *

La guerra con los moros malayos de Mindanao no es un capricho de éste ó del otro Gobierno; es una consecuencia inevitable de nuestra dominación en las Islas Filipinas: *antes, no después*, debe ser el lema de todo Gobierno español, al tratarse de completar la posesión material y moral del Archipiélago. Este juicio es unánime, y como verán los lectores, merece la unanimidad; salvo el caso de que se opine por el abandono de nuestras colonias asiáticas.

Parece cosa averiguada que todas las razas, hoy diferentes, que pueblan las islas, tienen un origen común: todas son razas malayas (1). Tomado el asunto en globo, cabe decir que hay en las islas varias capas étnicas; los primeros pobladores dejaron

(1) Hay quien opina á favor de un doble origen de la población filipina — origen malayo y origen polinesio.

descendientes que aún conservan la primitiva barbarie, rayana en salvajismo, así como el puro tipo étnico.

A ellos sucedieron en la inmigración otros malayos, que en el país, cuna de la raza, se habían pulimentado algo, física é intelectualmente, quizás por la influencia de los cruces; esta segunda capa se compone hoy de indios civilizables, lo bastante para que España los considere como elemento indispensable de la vida civil, militar y aun política de la colonia.

La última inmigración malaya, que probablemente precedió muy poco á la llegada de Legazpi con sus españoles, fué una invasión de malayos mahometanos (1), más civilizados que sus predecesores, más guerreros y más políticos, y que por estas condiciones, producto en parte de su religión, se instalaron como amos y explotadores de los indígenas idólatras, pacíficos y desprovistos de organización política; sin la llegada de los españoles, á estas horas las islas Filipinas serían una nación mahometana de bastante importancia.

La única resistencia seria, á mano armada, que desde la conquista han encontrado los españoles, ha sido, con raras excepciones, la de los malayos mahometanos. Hay razas monteses, que no se avienen á las condiciones de la civilización, que ni quieren habitar en poblados, ni pagar pecho y tributos, que roban si pueden y aun matan para robar; pero actos de agresión terribles, resistencias tenaces y sangrientas, eso sólo los moros son capaces de realizarlo.

*
* * *

En la época de la conquista, los moros habían penetrado poco todavía en la gran isla de Luzón; su núcleo principal estaba al Mediodía, en las islas de Mindanao, de Joló y de Basilán, principalmente. Piratas de gran arrojo y astucia, fueron, durante mucho tiempo, el azote de las costas sometidas al dominio español, como de nuestras costas levantinas y andaluzas lo fueron los piratas berberiscos. Ocultaban sus embarcaciones, pequeñas y ligeras, entre las rocas de las costas, en los recodos de los esteros; y allí,

(1) Esta última invasión debió haber sido paulatina, según las personas que mejor han estudiado estos asuntos.

al acecho, ó apresaban á los visayos y tágalos sometidos, que salían á la pesca ó á la labranza, ó se atrevían á entrar á sangre y fuego en las reducciones indefensas. Más que el menguado botín de arroz y frutos, buscaban los moros esclavos sufridos é inteligentes y mujeres para sus goces; y á tanto se atrevían, aun dentro de la gran bahía de Manila.

No eran compatibles con la tranquilidad y el prestigio apetecido por los españoles estas hazañas de los moros; y la posesión española de Mindanao, nominal desde que la pisó Magallanes en 1521, necesitaba hacerse efectiva. La primera expedición de que tengo noticia, fué la del maestre de campo (especie de jefe de Estado mayor del adelantado y gobernador general) Bernardo de la Torre, en 1543.

Un siglo más tarde, el general Corcuera hizo en Mindanao una enérgica campaña en los mismos parajes, que serán teatro de las operaciones que realiza el general Blanco. Corcuera ocupó la costa y estableció puertos para la flota, que debía vigilar las playas y ensenadas por donde los moros, á cambio de arroz, gomas y otros productos, recibían armas y municiones, que traían chinos, japoneses y otros asiáticos y europeos. Subió después por Río Grande, y llegó hasta la célebre laguna de Lanao, mapa de la morería filipina. Al propio tiempo su segundo Almonte se apoderaba de algunos puntos de la costa de Joló.

Pero á Corcuera sucedieron gobernadores, que preferían, á las molestias y responsabilidades de la guerra, las dulzuras y utilidades de la paz; los Gobiernos españoles empezaban á ser lo que son hoy día, y en Filipinas, como en todas las longitudes y latitudes del globo, los enemigos de España tuvieron ancho campo para sus fechorías no contrarrestadas.

A muy poco de la expedición de Corcuera, se inicia el abandono de Mindanao, dejando esterilizarse los sacrificios de éste, de Esteban de Figueroa, del heroico agustino P. Capitán; y gracias si, merced á la energía de otro religioso, el P. Ducos, pudieron sostenerse las cristiandades visayas de la bahía de Iligán. Los indios acobardados, envalentonados los moros, y los españoles distraídos y más atentos al lucro y granjería que al servicio de la patria, llegó



el caso, á mediados del siglo XVIII, de abandonar la plaza de Zamboanga, si bien fué luego ocupada de nuevo. En 1799, el P. Zúñiga, el preclaro autor del *Estadismo*, vió apresar indios cristianos á muy pocas leguas de Manila por piratas moros. Los pueblos costeros de Luzón y otras islas levantaban cottas y construían vintas de guerra á sus expensas; pero muy pronto las autoridades locales convertían ambas cosas en objeto de lucro y pretexto para odiosas exacciones; con lo que los pueblos se abandonaban y dejaban saquear por los piratas, para no serlo por las autoridades locales.

A mediados de este siglo, empieza la reacción. Desde 1840 á 1851, operan Clavería en Balanguingui y Oyanguren en Davao y se funda Cottabato en el estero del Río Grande. En 1860, se lleva á Filipinas la marina de vapor, y con ella se hace á los moros imposible sus excursiones piratescas á las islas pacíficas; en esta década además les da Urbistondo una severa lección, así como en la siguiente Malcampo castiga á los joloanos. En 1886 el general Terrero emprende campaña con 4.000 hombres contra los moros de Río Grande; y si bien los resultados por el pronto no corresponden á los sacrificios, después, merced al acierto de Seriñá y Salcedo, quedamos casi dueños del curso bajo del río.

En 1891, empieza el general Weyler el plan de dominación, seguido en 1892 y 1893 por Despujols y en este año por el general Blanco; plan que nos ha conducido á la situación actual, que voy á detallar.

El río que pasa por Paran-Paran puede decirse que divide en dos partes el dominio moro; centro de una de esas partes es la laguna de Liguasan, por donde habita el célebre datto Utto, hasta hace poco, alma, más que jefe, de toda la morería que tiene sus rancherías en la cuenca del Río Grande ó Pulangui; á estos moros suele llamárseles maguindanaos. De la otra región es centro la laguna de Lanao, y los moros que la pueblan reciben el nombre de illanos y malanaos.

El terreno que recorre el Pulangui, subiendo desde sus desembocaduras hasta Liguasan, es una fértil llanura; después del recodo que hace cerca de la laguna, ya se estrecha el valle principal, y por ambas orillas recibe numerosos afluentes; la nave-

gación en cañonero es posible hasta un poco más arriba de Cabacan; luego pueden navegar las vintas, ligeras embarcaciones del país; y ya en territorio de indios sólo pueden flotar balsas. La parte más poblada del curso del río es la parte baja, desde la laguna al mar; y en esa parte están las rancherías de Utto, y de otros sultanes y dattos, mereciendo mención entre los primeros el de Taláyan.

La laguna de Lanao tiene llanas, anchas y fértiles riberas, densamente pobladas; las casas moras forman innumerables pueblecillos, que desaparecen entre las altas cañas que rodean las habitaciones; cierran el horizonte en primer término cadenas de colinas, que son contrafuertes de más altas sierras, entre las que descuella al Mediodía la de Guasi (ó Ganasi). Al Norte, hay paso relativamente fácil desde el mar á la laguna, por el valle del río Agus; al Mediodía, parece que el mejor camino es el que señala la cuenca del Maradig, que lleva hasta una garganta ó puerto inmediato á Guasi. El terreno es muy accidentado, pues las laderas son muy pendientes y comunes los acantilados; además, la vegetación virgen, la falta de caminos, y hasta el desconocimiento de la topografía, acumulan dificultades, que, no ya en operaciones militares, sino en simples viajes de exploración, resultarían formidables. Añádase á esto la necesidad de llevar toda clase de provisiones, que no se encuentran en un país desierto en grandes trechos; póngase en cuenta la inclemencia del cielo, señalada con frecuentes lluvias, y la insalubridad de las tierras, cuajadas de miasmas perniciosos, que envenenan la sangre á poco que la actividad humana los saque de su secular reposo; y bien se comprenderá que no es empresa fácil la reducción al dominio de España de esos 200 ó 300.000 mahometanos, que son para los españoles, como dice un jesuíta, lo que los gebuseos para los hijos de Judá.

Como se ve, los dominios moros lindan, desde Maligay hasta Cottabato, con indios subanos, visayas cristianos, monteses, atás ó negritos, bilanes y tirurayes. Los subanos y tirurayes han sido siempre los más oprimidos y explotados por los moros; con bilanes y monteses, sin dejar de existir su prelación mora, hay algo más de respeto

por parte de los mahometanos; á los negritos, les defiende su salvajismo; y á los visayas, la fuerza de la civilización.

*
*
*

Para terminar de una vez con todo lo que obliga á consultar un croquis incesantemente, paso á marcar la posición de los avances hechos por España en ese emporio del islamismo filipino, dejando para luego historia y comentarios.

Por la parte occidental, ocupamos hoy el istmo, que desde Litongo en la bahía de Panguil llega á Tucuran, al NO. de la bahía Illana; hemos establecido y fortificado una trocha militar, que impide el paso de los moros al país de los subanos para proveerse de esclavos y hacer comercio con chinos, japoneses, etc., en los senos de Sibuguey y Sindangan. Defienden esta trocha de N. á S. los fuertes de María Cristina, Santas Paz y Eulalia, Infanta Isabel y Alfonso XII, con guarniciones variables de 60 á 40 hombres.

Al N., tenemos el fuerte Almonte, con 80 hombres, en la punta Binuni, y en terreno de subanos, ribera occidental de Panguil, el de Balatacan, con 20 hombres, y el de Tango con otros 20. Vigilan la bahía de Iligan.

Por la parte oriental, y en la cuenca del Agus, camino de Lanao, están construídos los de Iligan, Momungan, Salazar, Ulama y Pahuak, guarnecidos por 2.000 y pico de hombres; su objeto es preparar el paso á la laguna de las futuras expediciones.

Sobre la bahía Illan, al S., tenemos á Barás y Malbang, con 209 hombres cada uno; estos sirven de base de operaciones para un ataque á Lanao por el camino del Maradig, y al mismo tiempo para impedir el comercio moro por la costa de la bahía. Paran-Paran tiene 600 hombres, y Pollok 22.

Viene ahora lo que podemos llamar sección de avance sobre el Río Grande. Remontando el río, se encuentra: Cottabato con guarnición de 110 hombres, Tumbao con 60, Reina Regente con 110; intermedios, hay los puestos de Lebak con 45, Libungan con 13, Tamontaca con 15, Tavrán con 22 y Kundaraga con 20. Todos estos aseguran la dominación de Río Grande

desde la laguna de Liguasan al mar. Sobre el curso medio del río, tenemos los fuertes Pikit y Katituan con 60 y 56 hombres.

*
*
*

Ahora, con suficiente conocimiento del terreno que ocupa el enemigo que han de combatir nuestras tropas, procuraré dar idea aproximada de ese enemigo. Bajo el punto de vista militar, las noticias que pueden presentarse son satisfactorias; es decir, que nuestros caudillos no pecarán por desconocimiento del adversario, y pueden amoldar su conducta á lo que exigen todas las condiciones estratégicas y tácticas aprendidas en anteriores campañas. Bajo el punto de vista político, no hay, desgraciadamente, datos tan fehacientes; ni por lo tanto los que dan consejos para el aprovechamiento de futuras victorias están tan acordes, como los que sólo dedican su atención al mejor modo de obtenerlas.

Pongámonos primero al corriente de lo que pertenece á la opinión unánime, y otro día echaremos un vistazo á lo discutible y discutido, que es al fin y al cabo lo más importante; porque de nada nos servirá vencer, si cuando la victoria esté ya á disposición del Gobierno español, éste ha de preguntarse á sí mismo, como los héroes de la novela inglesa ¿qué haré de ella?

*
*
*

No creo que se sepa á punto fijo el número de malayos mahometanos, que viven á orillas del Río Grande, laguna de Lanao y bahías de Iligan é Illana. El general Weyler habla de 60.000 combatientes probables, lo que exigiría una población de 300.000 almas por lo menos, sobre todo si no se computaban los indios esclavos para el ejercicio de las armas. Otras personas bajan hasta la cifra de 200.000 moros y aun menos.

De un documento oficial suscrito por uno de los jefes, que más se han distinguido en Mindanao como político y como militar (1), tomemos y comentemos los siguientes datos estadísticos.

Se conoce el nombre de 71 rancherías, ó

(1) El bravo, ilustrado y modesto coronel Novellas.

poblados, asentados en las playas de la laguna y en las del río Agus, que es el emisario de las aguas de aquella mar. Á estas 71 agrupaciones corresponden otros tantos sultanes, ó dattos, ninguno de los cuales tiene la hegemonía del territorio. Además, se calcula que en los muchísimos valles que forman las sierrias, que en anfiteatro rodean la laguna, hay sobre otras 300 rancherías.

Respecto á las 71 ribereñas, parece que reúnen en total una población de 64.210 habitantes, de los cuales un 20 por 100, ó sea 18.884, son considerados como guerreros, siendo el resto ancianos, mujeres, niños, inútiles y esclavos, estos de raza distinta de la mora.

Se calcula en unas 7.900 el número de casas; en 192 el de cottas, ó sea fuertes artillados, con 1.338 bocas de fuego (cañones y lantacas). Igualmente se computa la fusilería, de que disponía en 1893 los moros ribereños, en 175 fusiles modernos y 4.168 de pistón.

La sultanía más importante es la de Uato, cuyo sultán Bucor tiene 20.000 sáopes y esclavos, alojados en 1.070 casas. Hay después otras 21 sultanías, cuya población oscila entre 1.000 y 5.000 súbditos; y como los sultanes son 50, resultan 28 sultanes con menos de 1.000 súbditos, y por lo tanto con menos de 200 guerreros; hay un sultán con 150 súbditos, que dan 30 guerreros, De los dattos, ninguno pasa de 500 súbditos.

No se crea que el sultán de más prestigio es allí el que más súbditos tiene; generalmente, el más audaz, el más enérgico, en ciertas épocas el más exaltado contra los españoles, ejerce una especie de hegemonía más ó menos duradera, y dependiente siempre del éxito.

Á veces la superioridad la confiere cualquier accidente, al parecer insignificante: en el ataque de Diciembre del 92 contra las posiciones españolas de Momungan, fué caudillo el sultán Anale, y lo fué porque poseía un *antinantín*, es decir, un amuleto, que le hacía invulnerable contra las balas y hasta invisible para sus enemigos.

Tal era la credulidad de los moros, que Anale logró reunir entre sultanes, dattos y sáopes, sobre unos 1.000 guerreros, que sin arma de fuego ninguna atacaron á los españoles, seguros de la victoria; y aunque sufrieron una espantosa derrota, y Anale

fué de los primeros que murieron, como cayó atravesado de un bayonetazo, es seguro que su *antinantín* no se habrá desprestigiado.

No debe chocar el gran número de cottas, que, como nuestros castillos y torres de la Edad Media, no son para la defensa contra invasores extranjeros, sino para refugio de los habitantes de las sendas rancherías en las guerras intestinas, que son allí incesantes y no muy sangrientas.

Tampoco el número, relativamente grande, de bocas de fuego, es alarmente para las tropas españolas; pues ni cañones, ni lantacas son más temibles, ni tanto siquiera, como los fusiles de pistón.

La toma de las cottas no suele ser la operación más peligrosa para nuestras tropas; y cuando aquellas han sido regularmente cañoneadas, los asaltantes suelen encontrarlas desguarnecidas.

Si son exactos los datos estadísticos, que estampados quedan, hay que suponer que las 300 rancherías serranas son menos pobladas que las playeras; pero mucho menos. Aun admitiendo la mitad de población media, resultaría para la serranía más de 200.000 habitantes; ó sea para la morería de Lanao 300.000 individuos, que darían 60.000 guerreros.

Así parece admitirlo el general Weyler en la memoria sobre su última campaña del 91; á nosotros nos parece un cómputo exagerado.

El territorio que forma el núcleo mahometano está repartido entre moros malanaos (laguna de Lanao) y moros maguindanaos (cuenca del Río Grande ó Pulangui); en total, el territorio tendrá unos 15.000 km.²

Ahora bien, el distrito más poblado de Mindanao es el de Cagayán de Misamis, habitado por visayas cristianos antiguos y que está al N. del territorio moro; pues la densidad de este distrito, muy bien cultivado relativamente, es de 14 habitantes por kilómetro cuadrado. Tomado en conjunto el territorio moro, es muy dudoso que alcance esta densidad; pero aunque así sea, resultaría una población de malanaos y maguindanaos en total de 210.000 almas. Es posible que en las playas de lagunas la densidad sea muy grande, por la gran fertilidad del terreno; pero así y todo, poniendo 260.000 moros para Lanao y Río Grande, creemos acercarnos á lo cierto. La distri-

bución sería 100.000 en las riberas de la laguna; 100.000 en la serranía de ésta y 60.000 en el Pulangui. Añadiendo otros 30 ó 40.000, distribuídos por las costas de Sindangan, Sibuguey, Dumanquilas, Sarangani, etc., tendríamos los 300.000 moros malayos, á que llega el que más de los autores que en esto se han ocupado.

Bajo el punto de vista directamente militar, no es este dato tan importante, como puede parecer; sean 300.000, sean la mitad, los moros que hay que sojuzgar, puede asegurarse que el problema militar es independiente de tal cifra; el número influye más bien en la magnitud de la empresa política, y sólo indirectamente en la militar, que habrá de ser acaso más duradera cuantos más sean los moros, pero no más intensa ni difícil en cada etapa. La razón está en las circunstancias sociológicas.

*
**

La flojísima trama del vecino imperio marroquí es tejido apretado, si se compara con el organismo político de los moros filipinos, que consiste en una yuxtaposición de familias aristocráticas, pares entre sí realmente, aunque haya sultanes, dattos y rajmudas, títulos que se diferencian como aquí se diferenciaron los de reyes, condes, y señores en los tiempos feudales. Dattos hay, como el célebre Uto de Boháyen (Bacat), que tenía hasta hace poco en un puño á sultanes como el de Taláyan y el de Tagaloco; ni más ni menos que nuestros condes de Castilla fueron en épocas más poderosas que ningún rey cristiano de la Península.

Aunque los hay de más y de menos importancia, de más y de menos independencia, puede tomarse al datto como el núcleo de la unidad política independiente. Visto por dentro, el dominio de un datto consiste en una agrupación de sáopes, que son moros (si no por la raza, por la adopción próxima ó remota), y sujetos con lazos de feudo al jefe hereditario; debajo de los sáopes, al fin hombres libres, están los indios esclavos, que hacen todos los menesteres de la producción rural, mientras sus señores cazan, pescan, guerrear, roban y asesinan. Un datto, y aun un sultán señor de otros dattos, no tienen siempre dominios fijos; las perso-

nas, ó sean sáopes y esclavos, le abandonan en ocasiones y buscan nuevo jefe ó dueño, dando motivo á perennes guerras, que suelen concluir por que uno de los dattos emigra con todo su haber semoviente y mueble, asentando sus rancherías cerca de algún protector; que bien puede ser otro datto ó sultán, bien una tribu india amiga y fuerte, bien el Gobierno español (1).

Las relaciones entre estas unidades políticas, tan movibles y variables, son generalmente hostiles; y sólo bajo la presión de un suceso tan considerable, como es el decidido avance de los españoles, puede temerse, si no una acción común y sabia y previsora concertada, cuando menos una convergencia de todas las voluntades á la resistencia, y algún olvido pasajero de resentimientos y suspicacias mutuos. Pero el resultado no será ni puede ser que nuestras tropas encuentren enfrente jamás grandes masas de combatientes, ni agrupaciones duraderas, aun cuando el talento del caudillo español no supiera explotar en provecho propio la natural tendencia á la desunión y deslealtad, que caracteriza á los pueblos que no forman verdaderas naciones.

*
**

Por este motivo esencial, resulta para los efectos militares poco importante la cifra real de la población mahometana. Además, cualquier tentativa de un datto clarividente para reunir tropas numerosas, sería contrariada por las condiciones invencibles de la topografía. He leído una carta del P. Barrado, misionero entre los visayas establecidos al N. de Mindanao, la descripción de un somatén, que él condujo contra los moros malanaos; la fuerza que mandaba el jesuíta caudillo, no pasaba de 400 hombres, y sin embargo, en muchas ocasiones ocupaba, en la vereda que seguía, más de una hora de marcha. Basta este detalle para comprender por qué los moros nunca presentarán en el combate grandes contingentes, siquiera les anime un espíritu común de resistencia (2).

(1) Se han dado casos en el Río Grande de que estos éxodos se han hecho transportando las viviendas en grandes balsas, río abajo, al nuevo territorio.

(2) En un documento oficial se dice que del 25 de Febrero al 4 de Marzo de 1893, se reunieron 7.000 moros

No es eso poca fortuna para nosotros, que tampoco podríamos presentarlos; y no sólo por las dificultades de la marcha, sino porque las bajas serían aterradoras, y necesariamente proporcionales al número de tropas, como debidas, no á las armas del enemigo, sino á los rigores del clima. Conviene formarse idea de la importancia que tienen en Mindanao, y en todo Filipinas, los efectos climatológicos, y voy á presentar dos estadísticas aterradoras.

En la apertura de un camino entre Abra y Cagayán, al N. de la isla de Luzón, dirigió los trabajos el comandante de ingenieros Sr. Liébana, al frente de soldados y presidiarios. Estos últimos concurrieron en número de 1.010, de los cuales fallecieron en cinco meses 678.

En la memoria relativa á su última campaña, hace constar el general Weyler, que al cabo de unas semanas de operaciones cortas, en la bahía Illana, le quedaban 250 soldados disponibles, llegando á tener 450 enfermos en Parang-Parang, 150 en Cottabatto, 300 en Zamboanga y 100 en la Isabela de Basilán.

*
* *

Es, pues, necesariamente la guerra de Mindanao guerra de poca tropa y de pequeños éxitos bajo el punto de vista militar, si bien comprados con gran coste de abnegación y bravura de todo género. El número de pequeñas victorias que puede hacer falta para terminar útilmente una campaña, y sobre todo el número de campañas necesario para lograr la sujeción de los moros, cosas son sobre las que no puede hacerse calendarios; sobre todo, por lo expuesto al empezar esta conferencia, ó sea porque no hay una opinión unánime, indiscutible, respecto al modo de aprovechar los éxitos de la guerra...

*
* *

Pocos meses antes de terminar Weyler su campaña, cambiaba la nación de Gobier-

entre Iligan y Monungan. Es muy dudosa la exactitud de la cifra; en todo caso, como los moros hicieron muchos trabajos terreros para interceptar el camino, gran parte del contingente debió ser de esclavos desarmados. Además, la facilidad con que fueron vencidos y ahuyentados por corto número de tropas, indica que el concepto fué exagerado.

no; pocos meses después, era relevado por el general Despujols; y meses antes y meses después, el Tesoro nacional estaba para pocas fiestas. No sé cuál de estas sería la causa predominante para suspender durante los años de 92 y 93 la ejecución del pensamiento Weyler. Todo lo que en este tiempo se hizo fué avanzar desde el fuerte Weyler, en Momungan, hasta las posiciones de Pantar y Cabasarán. La primera á 15 km. de Momungan (dos días de marcha), se ocupó sin resistencia; la cotta de Cabasarán exigió un combate en que los moros, *se dice*, tuvieron 120 muertos.

En Pantar se construyó un fuerte, que á principios de año (1) *parece* que fué atacado por los moros; este ataque precipitó al general Blanco á declarar abiertas las operaciones á Mindanao, que tanto él como el Gobierno tenían proyectadas para principios del 95. Fué el general á Iligán con un par de regimientos de infantería, artillería de montaña, sección de morteros, ingenieros, escolta de alabarderos, etc., etc., y se encontró con que el fuerte de Pantar estaba pésimamente situado para servir de base de operaciones, y con que entre Pantar y Momungan no había un camino conveniente para los aprovisionamientos y conservaciones á retaguardia, así como tampoco alojamientos, hospitales y demás requisitos indispensables. En una palabra, que hizo falta allí aquella primera inspección ocular del terreno que permitió á Weyler planear con acierto sus operaciones del año 91.

Era preciso rectificar la situación; y antes de embarcarse para Manila el general Blanco señaló la posición de Ulama-Salazar como propia para recibir un campo atrincherado, que será en la próxima campaña nuestra base de operaciones por el Norte (2).

Al propio tiempo se decidió que el río de Agus se cruzaría con un puente fijo pro-

(1) Se ha discutido mucho respecto á quién tomó la iniciativa en los combates ocurridos en Diciembre del 92 y principios del 93. El coronel Novellas, persona fidedigna por todos conceptos, se inclina á creer que los moros atacaron sin provocación.

(2) Esta posición tiene un frente de 2 1/2 km. y dista 7 del nacimiento del río Agus en la laguna de Lanao. El campamento de Ulama puede recibir hasta 4.000 hombres en buenas condiciones de alojamiento; está, sin embargo, hecho para una guarnición normal de 2.000.

tegado en la orilla derecha por el fuerte Salazar y en la izquierda por el de Pahuak (1). En los meses de Junio y Julio de este año las tropas que guarnecen esta posición tuvieron que librar algunos combates á vanguardia y retaguardia; los primeros, para imponerse á los dattos de las rancherías inmediatas y obligarles á renunciar á hostilizarlos; los segundos, presentados por los moros en forma de sorpresas á nuestras tropas, dedicadas á la ruda faena de la conducción de convoyes y de apertura y ensanche del camino que ha de unir Iligán con las posiciones avanzadas de Ulama-Salazar-Pahuak.

No es mi ánimo detallar una sola de estas funciones militares, pues he agotado el tiempo reglamentario en esta casa; además, la prensa recientemente os habrá hecho conocer la suma de méritos, que en la lucha con el clima, con la topografía, con un enemigo artero, fanático y cruel, contraen allí nuestros hermanos europeos y asiáticos; méritos que no necesito yo encomiar, ni menos necesito realzarlos á vuestros ojos, pues tanto como yo sabéis vosotros realzarlos y encomiarlos.

* * *

Creo, pues, que quien haya leído este discurso estará bastante enterado, si ya no lo estaba, para poder formarse idea de los sucesos que se preparan y aun de los imprevistos que puedan ocurrir. Tampoco se le hará difícil prever en sus rasgos generales el plan de campaña del 95. Avances simultáneos desde Barás y Malabang por el S. y desde Ulama por el N.; fuerte ocupación de la trocha de Tukurán por el O.; algún refuerzo en los tercios civiles y somatenes de las reducciones monteses de Oroquieta, Linabo, etc., por Oriente; despliegue de fuerzas en el Río Grande desde Cottabatto hasta Katituan.

Con esto, con seguir las enseñanzas de la experiencia respecto á las condiciones indispensables para marchar, alojarse y combatir; con tener presente el peligro de las sorpresas, la facilidad con que la artillería despeja las posiciones ocupadas por

el enemigo cuando se quiere avanzar, la necesidad de no emplearla cuando se quiere infligirle una seria derrota (para ellos no lo es la pérdida de terreno), con todo esto, digo, y con la suerte de que no sobrevenga una epidemia cruel, ó desbarajuste extemporáneo de los elementos, bien puede asegurarse esplendente triunfo para nuestras armas.

¿Y después? Después entra lo más difícil: el aprovechamiento de ese triunfo. Al estudio de cuestión tan espinosa y discutida dedicaré mi segunda conferencia.

(Continuará.)

LA TRADUCCIÓN ABREVIADA DE LOS EVANGELIOS,

por León Tolstoy.

(Conclusión) (1)

Es evidente que, con un punto de partida semejante, no se podría pensar en comprender bien la doctrina de Jesús. Pero á este falso punto de partida es al que son debidas las innumerables diversidades de opiniones relativas al verdadero sentido de los Evangelios.

En efecto, persiguiendo como fin, no la investigación de la verdad, sino la conciliación de dos cosas inconciliables, el Antiguo y el Nuevo Testamento, se puede producir un número ilimitado de interpretaciones. Así, el número de estas interpretaciones es infinito. Y para dar una apariencia de verdad á estos ensayos de conciliación, se recurre á medios exteriores tales como los milagros, la venida del Espíritu Santo, etc.

Cada cual se ha esforzado, y se esfuerza aún, por operar á su modo esta conciliación, y cada cual afirma en seguida que su conciliación constituye la última revelación del Espíritu Santo. Tal es lo que ocurre con las Epístolas de Pablo y con las decisiones de los concilios, que comienzan por esta fórmula: «Ha convenido á Nos y al Espíritu Santo...»; y tal acontece también con los decretos de los Papas y de los sínodos, y con las doctrinas de los arrianos y de los paulinos y de todos estos falsos intérpretes del pensamiento de Jesús. Todos recurren á los mismos medios groseros para

(1) Al corregir estas pruebas, está ya casi terminado el puente sobre el Agus.

(1) Véase el número 422 del BOLETIN.

sancionar la verdad de su conciliación: afirmar que esta conciliación no es resultado de sus pensamientos individuales, sino un testimonio directo del Espíritu Santo.

Sin entrar en el análisis de estas diversas religiones, cada una de las cuales pretende ser la única verdadera, vemos que, comenzando por considerár como igualmente sagradas las numerosas obras que constituyen el Antiguo y el Nuevo Testamento, imponen por sí mismas de este modo un obstáculo insuperable á la verdadera doctrina de Jesús. De aquí resulta necesariamente una variedad infinita de sectas opuestas.

Pero esta variedad infinita de sectas proviene de que se quiere conciliar un gran número de revelaciones diversas: porque la explicación de la doctrina de una sola persona, á que se considera como un Dios, no podría dar lugar á ninguna divergencia de secta. No cabrían interpretaciones distintas de la doctrina de un Dios descendido á la tierra. Si Dios ha descendido á la tierra para revelar la verdad á los hombres, lo menos que podía hacer era revelarla de un modo tal que todos la pudiesen comprender; luego, si no lo ha hecho, es que no era Dios, y si las verdades divinas son de una naturaleza tal que Dios mismo no ha podido hacerlas inteligibles á los hombres, es natural que los hombres no puedan conseguir más.

Si, por otra parte, Jesús no es Dios, sino solamente un grande hombre, su doctrina puede aún menos dar nacimiento á sectas diversas. Porque la doctrina de un gran hombre no es grande más que porque expresa de un modo claro y comprensible lo que otros han expresado de un modo oscuro y difícil de comprender. Lo que no es comprensible en el discurso de un tal hombre no puede ser grande. La doctrina de un gran hombre debe reunir á todos los hombres en una verdad común. Sólo, pues, una interpretación que pretende ser revelación del Espíritu Santo y contener la única verdad puede suscitar odios y dar nacimiento á sectas. Pueden los partidarios de ciertas sectas decirnos que nada piden á los partidarios de otras sectas, que no tienen contra ellos ningún odio; no puede ser verdad. Jamás, desde el tiempo de Arrio, ha habido un solo dogma que no resul-

tase del deseo de contradecir un dogma opuesto.

Sostener que un dogma particular es una revelación divina, inspirada por el Espíritu Santo, es el grado más alto de la presunción y de la locura. No hay nada más presuntuoso que afirmar que lo que yo digo, es Dios mismo quien lo dice por mi boca. Y no hay nada más falso que responder á un hombre que dice que Dios habla por su boca: «no, no es por tu boca por la que Dios habla, sino por la mía, y dice precisamente lo contrario de lo que tú pretendes que afirma». Pero, de este modo es del que razonan todos los concilios, todas las Iglesias, todas las sectas; y de aquí ha nacido y naçe aún hoy todo el mal que se ha producido en el mundo y que aún se produce á nombre de la religión.

Además de este defecto exterior, todas las sectas sufren un segundo vicio interior, que les impide tener un carácter claro, seguro, definido.

Este vicio consiste en que, mientras que estas sectas nos ofrecen sus falsas interpretaciones como la última revelación del Espíritu Santo, jamás se cuidan de determinar de un modo preciso y decisivo cuál es justamente la esencia y la significación de esta revelación que pretenden continuar y que llaman la doctrina cristiana.

Los creyentes que admiten una revelación del Espíritu Santo, admiten, en realidad, tres revelaciones, lo mismo que los mahometanos. Los mahometanos admiten las tres revelaciones de Moisés, de Jesús y de Mahoma. Los creyentes cristianos admiten las tres revelaciones de Moisés, de Jesús y del Espíritu Santo. Pero, en la religión mahometana, Mahoma es el último profeta; sólo él ha dado la explicación definitiva de las dos revelaciones precedentes, y la ha coronado, añadiéndoles su doctrina propia. El caso de las Iglesias cristianas es distinto: en lugar de llamar á su religión—con el nombre de su última revelación—la «religión del Espíritu Santo», sostienen que es la religión de Jesús y se funda en su doctrina. De suerte que, en realidad, presentándonos sus propias doctrinas, pretenden apoyarlas sobre la autoridad de Jesús.

Así proceden todas estas religiones del Espíritu Santo, que nos ofrecen como la

última y la más decisiva de las revelaciones, ya los escritos del apóstol Pablo, ya las decisiones de tal ó cual concilio, ya los decretos de los papas, ya ciertas revelaciones personales. Pueden apoyarse en último lugar sobre la revelación de los Padres de la Iglesia, ó sobre un decreto del patriarca de Oriente, ó sobre una encíclica papal, ó sobre el *Syllabus*, ó sobre el catecismo de Lutero, ó de Philaretos; pero siempre se niegan á decorar su religión con el nombre de estas autoridades y se obstinan en sostener que es Jesús quien les ha revelado su doctrina. Si bien que, á creerlos, es Jesús mismo quien había revelado que rescató con su sangre á la humanidad caída por el pecado de Adán, que hay en Dios tres personas, que el Espíritu Santo ha descendido sobre los Apóstoles y que la imposición de las manos lo trasmite á los sacerdotes, que son indispensables siete sacramentos para la vida cristiana, etc. Se nos hace creer que todo esto pertenece á la vida de Jesús, cuando se buscaría en vano en esta doctrina la menor palabra que haga alusión á ello. Las iglesias que sostienen todo esto deberían decidirse de una vez á presentárnoslo como doctrina del Espíritu Santo, y no como doctrina cristiana: porque, en realidad, no hay más cristianos que aquellos que consideran como revelación definitiva la de Jesús mismo, tal como se encuentra en los Evangelios, y esto en virtud de las palabras de Jesús: «No tendréis otro maestro que yo».

Se creará quizás que la cosa carece de importancia y no merece que se hable de ella; pero no es menos cierto que hasta el presente se ha olvidado por completo esta consideración. En lugar de emplear todos los esfuerzos en desembarazar la doctrina de Jesús de su enlace completamente artificial é injustificado con el Antiguo Testamento y con las adiciones fantásticas que se le han hecho á nombre del Espíritu Santo, se continúa aún hoy haciendo esfuerzos por consolidar esta unión. Y, por un fenómeno singular, vemos unidos en este común error los dos campos enemigos: el de los partidarios de la Iglesia y el de los historiadores libre-pensadores del Cristianismo.

Los unos, los partidarios de las Iglesias, que llaman á Jesús la segunda persona de

la Trinidad, no quieren concebir su doctrina de otro modo que en su concordancia con las susodichas revelaciones de la Tercera Persona, tales como las encuentran en el Antiguo Testamento, en los decretos de los concilios y en las decisiones de los Padres de la Iglesia; y predicando las cosas más extravagantes, afirman que estas cosas son la fe de Cristo. Los otros, los que se niegan á considerar á Jesús como un Dios, conciben igualmente su doctrina, no tal como él mismo la ha revelado, sino tal como la han constituido Pablo y los otros intérpretes. Considerando á Jesús como un hombre, y no como un Dios, estos sabios le privan de un derecho natural á todo hombre: del derecho de ser responsable solamente de sus propias palabras y no de las palabras de los demás. En su tentativa de explicar la doctrina de Jesús, le atribuyen pensamientos que jamás en su vida se le han ocurrido. Los representantes de esta escuela, comenzando por Renan, el más popular de todos, no se han creído en el deber de tomarse el trabajo de distinguir lo que Jesús mismo ha enseñado de lo que sus intérpretes le han atribuido falsamente. Y, una vez que no han sabido profundizar la doctrina propia de Jesús un poco más de lo que lo han hecho las Iglesias, se han consagrado á buscar en los acontecimientos de la vida de Jesús, y en los hechos históricos contemporáneos, la explicación de su influencia y de la difusión de sus ideas.

Sin embargo, parece que éste es el último de los errores que debían permitirse los historiadores. El problema que tenían que resolver es simplemente el siguiente.

Hace mil ochocientos años, vivía en cierto lugar un pobre hombre que decía ciertas cosas. Fué perseguido, crucificado, y después el mundo entero le olvidó, como olvida millones de casos análogos, y durante dos siglos no se oyó hablar más de él. Y, sin embargo, parece que alguien había guardado el recuerdo de las palabras de este hombre y se las había transmitido á un segundo y á un tercero: porque esas palabras se han transmitido sin cesar, hasta tal punto que ha habido millones de hombres, cuerdos y locos, sabios é ignorantes, que han adquirido la certeza absoluta de que era el único Dios. Hé ahí un fenómeno

extraño: ¿cómo explicarlo? Las Iglesias lo explican diciendo que este hombre, Jesús, era verdaderamente Dios: en este caso, en efecto, nada más claro. Pero si no era Dios, ¿cómo explicar por qué es él precisamente quien ha sido reconocido como Dios?

Y hé aquí que los sabios de esta escuela histórica recogen con extraordinario cuidado todas las particularidades de la vida de este hombre, sin notar que, aunque pudiesen recoger un gran número de estas particularidades (y en realidad no han recogido ninguna, salvo las que han encontrado en los Evangelios y en Flavio Josefo); aunque llegasen á reconstituir totalmente la vida de Jesús en sus menores detalles, hasta el punto de saber lo que Jesús ha comido tal ó cual día, en qué casa ha pasado tal noche, etc.; aunque descubriesen todo esto, la cuestión principal permanecería sin respuesta: la cuestión de saber por qué es Jesús, y no otro, el que ha ejercido tal influencia. Esta respuesta no se encuentra en el conocimiento del modo cómo Jesús ha nacido, cómo se ha educado, etc.; aún menos se encuentra en el conocimiento de los hechos que pasaban en Roma y que lanzaban á las naciones á las creencias supersticiosas, etc. Para obtener esta respuesta, sólo es preciso investigar cuál era justamente esta enseñanza particular de Jesús, que ha determinado á las gentes á elevarlo sobre el resto de los hombres, y, después de mil ochocientos años, á considerarlo como un Dios.

Aquel que quiera resolver este problema, debe ante todo esforzarse por comprender la doctrina de Jesús, su verdadera doctrina, bien entendido, y no las groseras interpretaciones que de ella se han dado. Pero esto es lo que se ha dejado de hacer. Los sabios historiadores del cristianismo están tan contentos con pensar que Jesús no era Dios, están tan encantados de probar que su doctrina no tenía nada de divino, que no advierten una cosa bien sencilla: no advierten que, á medida que muestran á Jesús simplemente como un hombre, sin nada divino, hacen más oscuro é incomprendible el problema del cual se ocupan. Pensemos, por ejemplo, en el caso de Renan, ó en el de M. Havet, que nota, con una candidez sorprendente, «que Cristo no ha tenido jamás nada de *cristiano*». Y M. Sou-

ry, por su parte, está completamente orgullecido con su idea de que Jesús era un hombre sin cultura y de un espíritu sencillo.

El problema esencial no estriba en probar que Jesús no era Dios, ni su doctrina divina; no estriba tampoco en probar que Jesús no era un católico; sino en comprender en qué consistía una doctrina que ha parecido á los hombres bastante alta y excelente, para que hayan reconocido y reconozcan aún como Dios al hombre que se la ha revelado. Esto es precisamente lo que yo he tratado de buscar y lo que he logrado encontrar, al menos para mi propio uso.

Y esto es lo que yo quisiera comunicar á mis hermanos.

*
* *

Imagino que mi lector pertenece á esta enorme masa de hombres civilizados que han sido educados en las creencias de una Iglesia, y que, á pesar de la incompatibilidad de estas creencias con su razón y su conciencia, se han negado siempre á separarse abiertamente de ellas, sea porque hayan guardado un resto de amor y de respeto hacia el espíritu de la doctrina cristiana, sea porque consideran al cristianismo entero como una superstición y no estén ligados á ella más que aparentemente. Si mi lector está en este caso, le ruego que no siga el proverbio: *Al fuego el capoto, puesto que tiene piojos* (1). Por el contrario, le ruego que considere que lo que le choca y le parece una superstición no es la doctrina de Jesús, y que sería injusto hacer á Jesús responsable de las locuras que, después de él, se han añadido á su doctrina. Mi objeto es simplemente determinar bien la doctrina de Jesús en su forma propia, tal cual ha llegado hasta nosotros, es decir, en las palabras y los actos que se nos han transmitido como palabras y actos de Jesús. A los lectores de la especie á que anteriormente me refería, les hará ver mi libro que, no solamente no es el cristianismo una mezcla de cosas sublimes y vulgares, que no solamente no es una superstición, sino que, por el contrario, es la doctrina meta-

(1) Au feu la pelisse, puisque le poux s'y sont mis.

física y moral más sólida, más pura y más completa á que se ha elevado hasta ahora la humanidad; una doctrina sobre la cual se apoyan inconscientemente todas las altas manifestaciones de la humanidad en los diversos dominios de la política, de la ciencia, de la poesía y de la filosofía.

Si, por otra parte, mi lector pertenece á esta minoría, cada día más insignificante, de hombres civilizados que permanecen fieles á las doctrinas de la Iglesia y que admiten la religión, no en razón de un objeto exterior, sino para su tranquilidad interna, yo ruego á este lector que se interrogue ante todo en el fondo de su alma cuál de estas dos cosas le es más cara, su reposo ó la verdad. Si se decide por el reposo, le suplico que cierre mi libro; si, por el contrario, se decide por la verdad, le suplico considere que la doctrina de Cristo, expuesta aquí, es completamente distinta de la que él ha aprendido, y que, por consiguiente, está, con respecto á esta doctrina, en la misma situación en que se encuentra el mahometismo con respecto al cristianismo; que, dado esto, la cuestión para él no consiste en saber si la doctrina aquí expuesta concuerda ó no con sus creencias, sino en saber lo que concuerda mejor con su razón y su corazón: la doctrina de su Iglesia, ó la pura doctrina de Jesús.

En fin, si mi lector pertenece á esa categoría de hombres que estiman y admiten exteriormente las creencias de una Iglesia, no á causa de su verdad, sino por la consideración exterior de las ventajas que en ello encuentran, este lector debe reconocer que, cualquiera que sea el número de sus correligionarios, cualquiera que sea su fuerza, cualesquiera que sean los tronos que tenga consigo, y por altos que se hallen los personajes que pueda invocar en su favor, no formará parte de los acusadores, sino de los acusados; y en verdad, no de los acusados ante mí, sino de los acusados ante Cristo. Este lector debe reconocer que no se le pedirá ninguna prueba; que desde largo tiempo están dadas todas las que podían darse; que, aun cuando para justificarse citase miles de razones, quedaría siempre por justificar.

Ciertamente, tendrá que justificarse, primero, del sacrilegio que comete poniendo

la doctrina de Jesús, que es Dios, á la misma altura que las doctrinas de Esdras, de los Concilios, de Teofilactes; é ingeniándose para deformar las palabras de Dios de modo que concuerden con las palabras de los hombres; en segundo lugar, tendrá que justificarse de la blasfemia que comete atribuyendo á Jesús, que es Dios, toda la superstición que reside en su corazón; tendrá, por fin, que justificarse de la traición que comete ocultando á los hombres la doctrina de Dios, que ha venido al mundo para traer á los hombres la salvación, reemplazando esta doctrina por la del Espíritu Santo, privando así á millones de hombres de la salvación que Jesús ha traído para todos, y produciendo la diversidad de las sectas, y las condenaciones de una á otra, y las mil abominaciones que se cometen al amparo del sagrado nombre de Cristo.

Así, pues, los lectores de esta categoría no pueden elegir más que entre dos caminos: ó hacer humildemente penitencia y renunciar á sus errores, ó perseguir al que viene á acusarlos del mal que han hecho y del mal que harán.

Y si acaso no quieren renunciar á sus errores, no les queda más que un partido que tomar con respecto á mí: el de perseguirme. A esto es á lo que me expongo publicando esta traducción; pero me expongo á ello con un gozo profundo, al cual solamente se mezcla un temor secreto de mi propia debilidad.

INSTITUCIÓN.

LIBROS RECIBIDOS.

Clausen (J.).—*Papst Honorius III (1216-1227)*. I Theil.—Bonn, Hauptmann'sche Buchdruckerei, 1895.—Don. de la Univ. de Münster. (2268.)

Voss (Ludwig).—*Überlieferung und Verfälschung des mhd. Ritterromans Friedrich von Schwaben*.—Münster, Druck von J. Bredt, 1895.—Don. de id. (2269.)

Heinrich (Fritz).—*Ein mittellenglisches Medizinbuch*.—Halle, Druck von E. Karras, 1895.—Don. de id. (2270.)